

Copi

Obras

(Tomos I)

El uruguayo, La vida es un tango,
La Internacional Argentina,
Río de la Plata

Prólogo de María Moreno



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

La Internacional Argentina

Conoci a Nicanor Sigampa en París, a finales del ochenta y seis. Claro que ya antes había oído hablar de él, como todos los argentinos de mi edad. Aquel negro colonial había sido nuestra estrella nacional de polo hasta que, en 1968, una caída del caballo le impidió seguir practicando este deporte. Último vástago de una de las pocas familias de esclavos emancipados que consiguieran hacerse un nombre entre la aristocracia, se había retirado a París a vivir de las rentas. Me lo encontré en el Café de la Paix, donde me había citado por teléfono. Iba vestido con un sobrio retno gris de hilo y un abrigo de casimir azul; llevaba el pelo cuidadosamente engominado. Bebía whisky con Coca-Cola.

—Conozco sus poemas —me dijo en tono respetuoso, pero sin aventurar más.

No me gusta que me hablen de mi obra, y menos aún para no decir nada. Le pregunté si todavía montaba a caballo.

—Voy tres veces por semana al picadero del Bois de Boulogne, pero los caballos de París no son como los de las pampas...

El personaje me pareció antipático. ¿Qué esperaba de mí? Continuó hablando, en tono afectado, de las caballerizas de uno de sus primos, proveedor de la reina de Inglaterra, al tiempo que hurgaba en sus soberbios molares con un mondadientes de oro y marfil, operación que repetía cada vez que masticaba una de las patatas fritas que acompañaban como aperitivo a su cubalibre; yo, por mi parte, me contentaba con sorber una infusión.

Se acercaban las navidades, y la Plaza de la Ópera estaba muy animada. Nicanor me señaló a un grupo del Ejército de Salvación, instalado junto a un puesto de castañas.

—La vieja Europa —dijo, sonriendo con desprecio—. Nosotros bailamos tangos para hacer colectas.

Me pregunté cómo pasaría sus días en París; yo no me equivocaba al adivinar en él una personalidad solitaria por debajo de aquella desenvoltura mundana, contenida y muy argentina, copiada de los viajeros ingleses de principios de siglo. Un producto típico del barrio porteño de San Isidro,¹ me dije, por muy negro que sea.

Una joven dama del Ejército de Salvación nos divisó a través del cristal y entró en el café sin dejar de cantar. Vino derecha a nosotros, y ya me disponía a sacar algunas monedas de mi bolsillo, cuando Nicanor, con gesto majestuoso, se quitó su Rolex para arrojárselo al cepillo de la joven. Ésta se deshizo en agradecimientos. El gesto había sido observado por numerosos turistas, y fuimos aplaudidos por una familia de japoneses.

—En la Europa de hoy los pobres tienen más necesidad de relojes de oro que de bistecs argentinos! —dijo riendo.

Empezaba a irritarme. Me serví un poco más de infusión. La joven del Ejército de Salvación había dejado la

puerta abierta y yo me encontraba en medio de la corriente de aire. Nicanor masticó dos patatas fritas más antes de que me decidiera a preguntarle en qué podía yo serle útil; pero él se me adelantó:

—¿Ha oído hablar de la Internacional Argentina?

—No. ¿Qué es, un club de polo?

—Oh, no, nada de eso.

Se sacó del bolsillo una tarjeta de visita de bordes dorados (decididamente, a aquel hombre le encantaba el oro), sobre la cual podía leerse, escrito en caracteres que vagamente recordaban la escritura colonial: «Internacional Argentina», y debajo: «Frutos de la Imaginación».

Por un momento creí que pudiera tratarse de una compañía de import-export, especializada en productos exóticos, como la fruta de la pasión.

—Nuestra organización —se apresuró a decirme— sólo agrupa a la crema de las artes y de la inteligencia, y, naturalmente, hemos pensado en usted. Evidentemente, no sólo contamos con argentinos: toda persona que comparta nuestras ideas es bienvenida.

Me encontraba, sin duda, frente a un excéntrico, por no decir un loco. Mientras hablaba, su vista se mantenía perdida en el vacío, salvo cuando se miraba en el espejo que había a mi espalda.

—La Internacional Argentina se propone coordinar las acciones en que participan de manera desordenada todos los argentinos que viven en el extranjero.

—¿Qué acciones? —me atreví a preguntar ante su silencio repentino.

—Lo ignoramos todo de tales acciones, salvo el hecho de su existencia.

Sacó y entreabrió una billetera de cocodrilo ribeteada en oro.

1. Barrio aristocrático de Buenos Aires. (N. del T.)

—Es evidente—su tono era ahora grave— que existe una relación entre Maradona, Eva Perón, el porvenir de la Patagonia y los inefables relatos de nuestro bien amado Jorge Luis Borges.

Sacó de la billetera unas cuantas instantáneas que colocó ante mis ojos.

—Tenemos la prueba gráfica de que tres arquitectos argentinos, que lo ignoraban todo unos de otros, construyeron simultáneamente tres monumentos idénticos en tres sitios diferentes del planeta. Esta forma, que recuerda una piña, encierra una mezcquita en Estocolmo, una central nuclear en Chile y una pajarera en Sidney. Dos escritores de gran renombre publicaron el mismo día la misma novela, uno en Barcelona y otro en Bogotá. Y podría aún citar mil ejemplos más. La historia está llena de signos de este tipo.

Sin querer, me puse a estornudar. Pedí al camarero dos aspirinas, intentando interrumpir las formidables palmas que Nicanor me asestaba en la espalda, como si semejante tratamiento sirviera para detener mi tos. No debía haber salido a la calle con aquella nieve. Por momentos veía echárseme encima la gripe que tanto temía. Y todo por venir a escuchar los sinsentidos de un loco amable. Tal como se me había presentado por teléfono, lo había tomado por el enviado de alguna revista intelectual interesada en publicar alguna de mis obras (la que con más frecuencia suelen pedirme es mi *Oda a la Cordillera*, un poema de gran fuerza pero, ¡ay!, inmaduro) y, por qué no decirlo, en ofrecerme un posible cheque como compensación. Una vez tragadas las aspirinas, decidí excusarme, invocando como disculpa mi reuma, y él me propuso acompañarme hasta el taxi. Me cubrió con su paraguas hasta la parada, donde una muchedumbre cargada con paquetes

dorados—era la moda en París también— se disputaba los escasos taxis.

—¡Qué tonto soy!—dijo Nicanor—, había olvidado que hoy he sacado el auto.

El automóvil, una limusina negra, estaba aparcado sobre el paso de peatones de la calle Halévy. Me instalé en un asiento extremadamente confortable. Le di mi dirección y me condujo hasta mi domicilio, con aire ausente, lo que no me molestó lo más mínimo, distraído como estaba por mis tenaces estornudos. Cuando hubimos llegado delante de mi portal, él se bajó a abrirme la portezuela y me tendió un cheque.

—Es la beca que concedemos a nuestros nuevos amigos. Contemplé el montante. ¡Quinientos mil francos nuevos!

—Me ha puesto por lo menos un número de más...

—Nada de eso. Llámeme en cuanto se encuentre mejor. Quisiera invitarlo a cenar en mi casa.

A pesar de la gripe, corrí a mi banco al día siguiente. El cheque, girado contra una filial de la Banca Rothschild, era bueno. ¿Debía tocar aquel dinero? Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo de Nicanor Sigampa, fuera de las viejas historias sobre su familia que me había contado mi abuela? El primer Sigampa (era el nombre de una tribu africana), nacido en cautividad en Argentina, había sido el brazo derecho del general San Martín, durante la guerra de Independencia. Emancipado con todos los honores tras la victoria, desposó a una hija natural del general, doña Nicanora, que fundó uno de los primeros salones literarios de Buenos Aires. Tan ilustre familia de color nacida de este matrimonio supo mantenerse, a lo largo de las generaciones, en el primer puesto de los ganaderos e industriales argentinos. Y aunque numerosos miembros de la misma

tuvisen la piel blanca debido a los frecuentes mestizajes, Nicanor debía pertenecer a la rama tradicional de la dinastía, rama que sólo establecía alianzas con miembros de las mejores familias negras de Filadelfia y Boston, ya que no parecía tener el menor asomo de sangre blanca.

Apenas volví del banco, sonó el teléfono. Era Nicanor que quería saber cómo iba mi salud. Le prometí llamarlo en cuanto me sintiera lo bastante bien como para aceptar su invitación. Trabajaba entonces en mi trilogía *La muerte de la ballena*, obra ambiciosa que cantaba las bellezas naturales del sur de Argentina, y vela a muy poca gente. Cuando volvió a llamarme, ya casi me había olvidado por completo de su existencia. En el recuerdo, mi entrevista con él aparecía adobada de detalles pintorescos; me dije que, al fin y al cabo, quinientos mil francos bien valían una cena de agradecimiento. Conociendo su elegancia, me vestí con un traje azul y una corbata inglesa. Vivía en Neuilly, en una mansión que había decorado al estilo rústico argentino, con grandes muebles burdamente tallados, una balaustrada de hierro forjado, inmensas pieles de vaca y cojines de cabra salvaje, todo muy poco confortable y triste. Colgué mi abrigo en un perchero hecho de cuernos de toro entrelazados y me aventuré en una habitación al fondo de la cual crepitaba un fuego de leña. Los muros estaban tapizados de cuadros: un Figari, un Quinquela Martín, un Seguí..., obras maestras de los grandes pintores argentinos del siglo. Casi troppecé con alguien que se hallaba sentado inmóvil en una silla. Era una negra viejísima.

—Le presento a mi madre, doña Rosalyn.

Me incliné respetuosamente sin que ella pareciera notar mi presencia. Pasamos a una segunda habitación, decorada, en cambio, en el más puro diseño contemporáneo.

Los muebles y las paredes eran blancos, y una gran cristalera dejaba ver la luna y las estrellas.

—Este es mi despacho. —Abrió un fichero—. He aquí los nombres de todos los miembros de la Internacional Argentina. Por el momento somos un centenar, aunque pronto seremos mil, qué digo, diez mil, puede que millones...

—¿Y gratifica usted a cada nuevo miembro con un cheque de quinientos mil francos? —pregunté yo a quemarropa.

—Por supuesto —respondió él con sequedad—. Nuestra riqueza no tiene límites.

Me hizo pasar a una tercera habitación, tan semejante a la primera que al principio las confundí. Las mismas pieles de vaca, la misma chimenea, pero en lugar de doña Rosalyn, había un negro tan viejo como ella, vestido de esmoquin.

—Mi padre —dijo Nicanor—, don Ariel. —Me incliné y él permaneció inmóvil—. Está embalsamado —añadió Nicanor. Incapaz de conservar mi sangre fría, di un salto hacia atrás. No pedí ninguna explicación, hubiera sido inútil. Guardaba en su casa a sus padres embalsamados. Tal vez yo hubiera hecho lo mismo de ser tan rico.

—Mis padres no se soporaban, por esa razón los hemos dispuesto en dos habitaciones idénticas, que reproducen la sala de estar de nuestra casa natal en Argentina. Pero mi madre sigue viva —juzgó conveniente precisar—. No se dio cuenta de la muerte de mi padre porque no se dirigen la palabra.

Más tranquilo, lo felicité por su embalsamador, que había conseguido una impresión de vida tan sorprendente.

—Es el embalsamador de la familia. Si le interesa puede enseñarle a los abuelos, que tengo instalados en el desván. Están aún más logrados, porque se fueron en la flor de la vida.

—Tal vez otro día...

Volvímos a su despacho y nos instalamos en dos sillones Knoll dorados, mientras un sirviente oriental entraba por la otra puerta con una bandeja de bebidas que depositó sobre una mesita de centro Knoll, también dorada. ¿Todos los muebles Knoll de la estancia eran de oro macizo?

—Cenaremos dentro de media hora —le dijo Nicanor al criado en guaraní; fue entonces cuando me di cuenta de que no era asiático, sino paraguayo. Se retiró sin dar la espalda—. Lo que me apasiona de la Internacional Argentina —dijo lentamente Nicanor, tras haber encendido un cigarrillo dorado— es que muy pocas personas se aperiben de su existencia. Me temo que, cuando se tome conciencia de ella, se tomará también conciencia de su fuerza, lo que la transformará en movimiento político, siendo así que su verdadera fuerza radica en su apoliticismo.

Yo ironicé:

—No veo de qué modo un movimiento que comprende sólo a artistas puede degenerar en movimiento político, cuando es sabido hasta qué punto los artistas se detestan entre sí y lo vagas y contradictorias que son siempre sus opiniones políticas. Más bien los consideraría dispuestos a ingresar en un movimiento religioso, aunque seguramente repudiarian hasta eso, dado que su universo personal comprende ya la política y la religión, es decir, aquellas que se acomodan a su obra. Y usted sabe que el universo de un artista es tan efímero como las modas.

—Desprecia usted a sus congéneres.

—Y también a mí mismo, si eso puede servir de disculpa. He vivido en París la mitad de mi vida, y he visto desfilar a tantos congéneres, como usted dice...

—Digamos que me intereso no solamente por los genios, sino por las gentes imaginativas.

232

—O sea que sólo se interesa usted por los artistas fallidos! Si no, ¿por qué iba a endilgarme quinientos mil francos? Sabe muy bien que en la actualidad hasta los poetas más geniales se ganan mal la vida.

—A mí no me interesan los genios, y además usted no es uno de ellos. Si le he «endilgado» quinientos mil francos es porque se muestra usted sensible a mis argumentos, aunque los rechace tan ariscamente. Por lo que a mí respecta, podría usted haber sido muy bien una pescadera.

No me digné responder. Hice girar mi sillón Knoll y me puse a contemplar el cielo estrellado a través del ventanal. Nicanor rompió el silencio para recitar los famosos versos de Lorca:

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas,
el barco sobre la mar
y el caballo en la montaña...

Era la primera vez que lo escuchaba sin mirarlo, y me quedé sorprendido de la calidad de su timbre aterciopelado.

—Tiene usted voz de actor. ¿Por qué no se ha hecho artista? En cuestión de sensibilidad, tampoco usted tiene nada que envidiar a una verdulera.

Tras un largo silencio me respondió:

—Digamos que estoy dorado para esto. Mi sensibilidad sólo percibe la de los otros, nunca la realidad tal cual es, aunque se trate de la luna.

La honradez y la humildad de esta afirmación me conmovieron; me volví: grandes lagrimones corrían por sus mejillas.

—Mi sensibilidad me ha vuelto agrio —confesé—. Lamento haberle ofendido. Es cierto que, a pesar de todo,

233

simpático con su propuesta. ¿Quién no ha soñado con una Internacional que reúna a las almas sensibles de este planeta, sean argentinas o no? Es la base misma de mi vocación. Pero no puedo dejarme llevar por su utopía por temor a sufrir una decepción como la que me sobrevino al perder la juventud. Si se digna excusarme, prefiero no compartir su cena esta noche.

Me levanté y le tendí la mano, que él rechazó. Arraqué la estancia y me encontré con tres puertas ante las cuales dudé. ¿Cuál era la que me conduciría a la salida? Me volví para interrogar a Nicanor, pero éste tenía un aire ausente; me sorprendió el parecido que mostraba con su padre. Empujé al azar la puerta del medio. Era la buena. Doña Rosalyn seguía en el mismo sitio, ante el fuego agonizante de la chimenea. Murmuré un «Adiós, doña Sigampa» y fui a buscar mi abrigo al vestíbulo. El sirviente paraguayo me ayudó a ponérmelo e, inclinándose hasta el suelo, me entregó un sobre. Lo abrí: ¡otro cheque de quinientos mil francos! Volví a meterlo en el sobre y se lo devolví al criado. Me abrió la puerta y salí. Como de costumbre, no recordaba dónde había dejado aparcado mis dos caballos. Hacía un frío de perros. Y ningún taxi a la vista, por supuesto. Di la vuelta a la manzana, para encontrarlo finalmente aparcado frente a la casa de los Sigampa. Al arrancar eché una mirada a la mansión. Desde la ventana del segundo piso, doña Rosalyn me observaba, mientras corría las cortinas.

2

¿Qué hacer en París solo a las diez de la noche? Me dirigí hacia Monparnasse, donde suelo hacer mi vida. Me sentía culpable, pero ¿de qué? Mi comportamiento había sido casi vulgar por lo enervante de la situación. Era evidente que aquella historia de la Internacional Argentina me había afectado donde menos lo esperaba. Había dejado Argentina a los veintidós años y había permanecido en Europa, al abrigo de las sacudidas políticas australes que tantas víctimas habían causado entre mis amigos y familiares. Siempre me he considerado un argentino de París, es decir, un ser apolítico y apátrida, pero no exactamente un exiliado; he hecho, si no mi fortuna, al menos mi vida en Europa. Nunca he experimentado, debo confesarlo, la menor añoranza de Buenos Aires. Los rangos me dejan tan indiferente como las jivas.¹ Y sin embargo... ¿No me habla considerado siempre parte de un grupo encargado en cierto modo de llevar a cabo una misión nebulosa? Tan trascendental preensión, carente de fundamento —preensión que siempre he despreciado en los artistas, y sobre

1. Música tradicional de los barrios bajos de París. (N. del T.)

todo en los plásticos-, ¡no era también la mía, por muy desargentizado que me sintiera? ¡Acaso no me correspondía una parte proporcional en ese nacionalismo argentino que siempre he considerado el culpable de todas nuestras desdichas, desde el ejército hasta las letras de los tangos? Recordé la tarjeta de visita de Nicanor: «Internacional Argentina. Frutos de la Imaginación». Efectivamente había dado en el blanco, el muy puerco. O, en todo caso, andaba muy cerca de la verdad, como yo. Con la diferencia de que yo me negaba a ver en este fenómeno otra cosa que un vicio de identidad que, en mi caso, me estirula y me hace vivir. Pero de ahí a transformarlo en un nuevo movimiento espiritual...

—Ya sé cómo va a terminar todo esto —pensé en voz alta—. La fortuna de Sigampa irá a parar a cualquier artista sin escrúpulos que pinte el suelo de la Patagonia de violeta y las pendientes de la cordillera de naranja. —Pero a mí me importaba un pito, no era mi dinero.

Imposible aparcar en Montparnasse. Abandoné mi coche sobre la acera y entré en La Coupole. El ruido de las conversaciones era ensordecedor. Imposible conseguir mesa antes de veinte minutos. Fui hasta la barra, donde me acodé debajo de un colgante navideño. El período de fiestas de París es interminable. Recuerdo las navidades de mi infancia argentina. A cuarenta grados a la sombra, cubríamos el árbol de algodón hidrófilo para imitar la nieve que nunca habíamos visto, y nos atracábamos de pavo trufado con castañas, plato cuyo gusto exótico nos repugnaba. Un sacrificio anual, en definitiva, que ofrecíamos a Papá Noel para sentirnos de algún modo un poco europeos... Me disponía a agarrar mi copa de champán cuando dos manos me taparon los ojos. Su propietaria, una mujer, relá con una voz histérica que no lograba reconocer. Intentando

deshacerme de su lazo, volqué la copa sobre mi corbata inglesa. ¡Mafalda Malvinas! Era la célebre artista argentina, vanguardista de la danza y de la pintura al soplete, disciplinas que solía confundir a propósito.

—¿Tú en París? ¡Te creía en Cuba! —Estaba pasablemente ebria, como la mitad de La Coupole—. ¿Qué maquinas escondido ahí bajo ese colgante navideño? ¡Ven a sentarte a nuestra mesa!

Inútil batirse en retirada. Me vi arrastrado a una mesa donde se apretujaba un buen número de personas a las que no tenía las menores ganas de ver, empezando por mi padre y mi madre, eternamente disfrazados de hippies. Fui a sentarme al otro extremo de la mesa, al lado de un pintor rumano integrado en la colonia argentina que tenía la ventaja de no pronunciar palabra; me hallaba casi aplastado contra él por la enorme Mafalda, que apestraba a Chanel y a marihuana.

—¿Cómo va tu ritología? —me gritó mi padre desde el otro extremo de la mesa.

—Bien, papá.

En ese mismo momento, mi madre me tiró un terrón de azúcar que me acertó en un ojo. Todos se echaron a reír.

—Esta noche puedes tomarte un guisado a mi salud, ¡yo pagó! —exclamó mi padre para excusar la descortesía de mi madre.

A partir de su exilio, mis padres se habían convertido en unos perfectos desconocidos para mí. Me había marchado en el sesenta y dos de Buenos Aires, dejando una familia responsable y burguesa, sin imaginar la evolución que mis padres iban a experimentar durante mi ausencia. Descubrieron muy pronto el hachís, los tupamaros, el LSD y las noches en La Habana, antes de ir a parar a un «chupadero» de la Patagonia. Torturados por los militares,

consiguieron a pesar de todo escapar a lomos de mula por la cordillera, para convertirse, nunca entendí cómo, en cónsules del Uruguay en París. Es cierto que en aquella época los puestos diplomáticos uruguayos eran fácilmente negociables, y siempre sospeché que mis padres se dedicaban al tráfico de cocaína. O al menos consumían personalmente una verdadera fortuna. Tal vez gracias a eso, a los setenta y siete y setenta y nueve años, respectivamente, seguían mostrando un comportamiento de adolescentes descarrillados. Habían adquirido la costumbre de llamarme a cualquier hora de la noche para contarme sus proezas sexuales en el minitel, y descuidaban hasta tal punto sus funciones que el consulado parecía una casa ocupada por *squatters*.

—El cónsul de Ecuador —dijo mi padre, presentándome desde el otro lado de la mesa a un grueso indio que lucía un mostacho a lo Zapata.

Me pregunté si sería militar. Y fue él mismo quien despejó mis dudas:

—¡No soy ningún asqueroso militar!

Toda la mesa estralló en carcajadas. Yo desconfiaba de todo el mundo, tanto de los diplomáticos como de los soldados. Una periodista francesa, especializada en reportajes sobre las falsas glorias de la literatura hispanoamericana, se colgaba del brazo del cónsul, un escritor, naturalmente, que soñaba con ser editado en París. Hélène Tibiana (así firmaba sus artículos) comía con la mano libre las gambas de la paella del cónsul, sin dejar de hablar al mismo tiempo. En tono confidencial, me dijo:

—Estoy escribiendo un artículo sobre los argentinos de París.

Solía consagrarme dos o tres al año, casi todos idénticos, que hacía aparecer en diversas revistas. Los argentinos

de París no eran muy numerosos, y generalmente se les dedicaban artículos colectivos, como si pertenecieran a un mismo movimiento artístico. En el fondo, no es raro que haya tipos como Nicanor Sigampa que inventen una Internacional Argentina, ya que la prensa francesa es la primera que cree en ello. Ciertamente los argentinos que desembarcan en París se asocian de buena gana entre sí para crear compañías de teatro o escuelas de pintura, pero en cuanto tienen ocasión echan a volar por cuenta propia y hacen lo posible por desmarcarse. Todos están al corriente de los hechos y gestas de los demás miembros de la colonia, y se acusan entre sí de robarse las ideas. Eso fue precisamente lo que me confió mi vecino rumano con perfecto acento argentino:

—Le acaban de robar una idea. La he visto bajo la firma de Bianciotti en *Le Nouvel Observateur*.

No me creí una palabra. Conozco a Héctor y sé que es incapaz de semejante baja. Pero, puesto que el río suena, creo que tendré que llamarlo para ver qué hay del asunto. Aprovecharé para pedirte unas líneas sobre mi trilogía.

Mi madre se levantó en el otro extremo de la mesa, con una jarra de cerveza en la mano.

—¡Quiero hacer un brindis por la Internacional Argentina!

Todo el mundo se puso a aplaudir y a beber. ¡Así que también ellos pertenecían a la Internacional Argentina!

—Ayer por la tarde —me explicó Mafalda Malvinas—, un negro de dos metros irrumpió en La Coupole y preguntó por la mesa de los argentinos. Figúrate que nos dio a cada uno un cheque de cien mil francos y su tarjeta de visita. Tras lo cual se marchó sin decir palabra.

¡Así pues, Nicanor había dejado la vispera un millón de francos en La Coupole! Resultado: mi madre, borracha

perdida, se envolvía en una capa de zorro rojo flamante y ya manchada de cerveza, mientras cantaba tangos obscenos, y mi padre invitaba a toda la mesa (yo incluido) a pasar una semana en Marrakech.

—¿Cuándo nos acostamos? —me preguntó Mafalda, abrazándome.

—Creía que te acostabas con mi padre.

—Tu madre es muy celosa.

Asqueado de las conversaciones de borrachos, fui a sentarme al otro extremo del banco, con una nalga al aire, al lado de una muchacha que nunca había visto. Estaba tomando un sorbere de color verde.

—Soy Darío Copi, el poeta.

—Y yo Raula, la hija natural de Borges.

Llevaba unas gruesas gafas y se parecía vagamente a su padre.

—He conocido a muchos hijos naturales de Eva Perón, pero es usted la primera hija natural de Borges que desembarca en París.

Eso pareció ofenderla.

—He leído toda su obra —me dijo—, ¡y comparado con mi padre no es usted más que un simple escritorzuelo!

¡Era precisamente el tipo de joven intelectual con la que uno sueña! Una velada fallida como pocas veces. Mejor hubiera hecho quedándome en casa y dedicándome a mi trilogía; me hubiera ahorrrado así la conversación con Nicanor y el espectáculo de la *intelligentia* argentina de La Coupole.

—¡Su guisado! —me gritó el camarero al oído.

—No he pedido ningún guisado.

—Es de parte de su padre.

—¡Pero si no tengo sitio!

Me depositó la cazuela sobre las rodillas.

—¡Come, que estás muy delgado! —me gritó mi madre desde el otro extremo de la mesa.

Mi madre y mi padre sabían por supuesto que yo de-
testo el guisado, la broma era muy de su estilo. Al fin y al
cabo, me dije para intentar salvar la imagen, ya bastante
comprometida, que tenía de ellos, han cambiado como
todos los argentinos tras veinte años de dictadura y de
guerra colonial. Se han vuelto todos locos, cada uno a su
manera. Y yo, ¿cuál era mi manera? Negarme a aceptar el
paso del tiempo. Aquellos años negros no me habían cam-
biado: apalancado en mi apartamiento parisino, sigo escri-
biendo a mis cuarenta y siete años los mismos poemas que
a los dieciséis. Semejante inmovilidad del espíritu ¿no era
la parte que me tocaba en el reparo de la locura general?
Habitualmente evito este tipo de pensamientos; dejé el
guisado sobre la mesa y abandoné La Coupole. Hacía un
viento helado, y yo sentía un nudo en el estómago. Mi co-
che había desaparecido, sin duda una broma de la grúa.
Peor para ellos, le dejo mi dos caballos a la grúa, y con los
quinientos mil francos de Nicanor me compro un Rolls
como el suyo. La grúa no suele llevarse los Rolls-Royce.
Los viandantes intentaban parar a los pocos taxis que se
aventuraban por la calzada helada. Decidí ir al Rosebud,
situado a dos pasos, y donde hacen muy bien el chile con
carne. Paré un taxi. El local estaba lleno, pero pude hacer-
me un hueco en la barra. Después de un buen vaso de
Beaujolais y un buen chile con carne, la vida parece me-
nos negra.

—No le había reconocido —me dijo mi vecino de ba-
rra—. ¿No es usted el hijo del cónsul de Uruguay?

—El mismo. ¿Y usted?

—Soy el agregado cultural de la embajada argentina,
Miguelito Pérez Perkins.

Recordaba haberlo conocido en uno de esos interminables asados en los que la colonia argentina hace escuchar a sus hijos franceses los viejos discos de Carlos Gardel, nuestro héroe cantor nacional, nacido en Toulouse, que posee una voz almbarrada y usa frases románticas bien construidas. Una voz que habla ido directa al corazón de nuestras abuelas indias cuando descubrieron la radio, allá por los años treinta. Carlos Gardel, único emigrante francés conocido, lo que lo hace ejemplar, nos liga a Francia con un sentimiento puro en el que se funden ambas nacionalidades. Aquel tipo del bigore de anchoa era pues el agregado cultural de la embajada argentina. Pedimos dos cafés irlandeses.

—¿Ha oído hablar de la Internacional Argentina? —le pregunté.

—No se fe.

—¿Por qué? —pregunté, intrigado.

—¿Ya ha sido usted contactado?

Me pregunté si debía contárselo todo. Y por prudencia le conté sólo el paso de Nicanor Sigampa por La Coupole, y su reparto de cheques de cien mil francos.

—Es probablemente el hombre más rico de Argentina, mucho más que Bemberg o que Forabat. Posee la mitad de las tierras de labor, un tercio de las minas y tres cuartas partes del ganado bovino. Pero es también el tipo más esnob de nuestra colonia. Se hace traer las mejores vacas de su ganadería y las sacrifica él mismo en su mansión de Neuilly; las ostras le llegan por avión directamente de Tierra del Fuego, y las abre él personalmente delante de sus invitados. En su casa sólo se come comida argentina, incluidos el pan y la bebida.

Me dije que había sido una verdadera tontería describir una suntuosa cena argentina y sustituirla por un miserable chile con carne en aquel antro de alcohólicos.

—No se le conoce vida sentimental —continuó el agregado cultural—, aunque muchos dicen que es homosexual. Pero ya se sabe cómo es la sociedad argentina, todos los hombres solteros son acusados de ser homosexuales. Las hijas de buena familia olvidaron que es negro, para arrojarse sobre él y su fortuna, pero sin resultados. Desde la edad de los primeros flirteos, nadie llegó jamás a su corona. Y cito una revista sensacionalista argentina de la época de su accidente.

—¿Qué accidente?

—Se cayó del caballo en un encuentro internacional con el Oxford Polo Club. Un caballo inglés le pisoteó el cráneo. En aquella época se acusó a los ingleses, pero sin razón, de haber actuado por motivos racistas, ya que Nicanor había sido educado en Oxford. En cualquier caso, se pasó cinco años en coma.

—¿Cinco años!

—Cinco. Se lo daba por muerto. Un buen día, de pronto, resucitó, con un comportamiento aparentemente normal, a pesar del shock de la muerte de su padre, ocurrida mientras él se hallaba en coma. Heredero de una fabulosa fortuna, decidió retirarse de los negocios, limitándose a supervisarlos de lejos desde que vive en París.

—No veo nada turbio en todo eso...

—A fuerza de reparir su dinero a diestro y siniestro, es probablemente quien posee mejor información sobre las idas y venidas de los argentinos relevantes de todo el mundo, a quienes además conoce personalmente.

—¿Y?

—El gobierno actual sospecha que tiene ambiciones políticas.

—¡Ustedes los argentinos siguen padeciendo la misma paranoia que en tiempos de la dictadura militar! ¿Se ima-

gina a un negro intrigando para conseguir la presidencia de la República en un país donde es prácticamente el único negro?

—Precisamente —respondió él en tono misterioso—, los indígenas esperan la llegada de un negro porque jamás han visto uno. Ya en la época de la Conquista esperaban la llegada de un dios blanco, y usted sabe hasta qué punto este hecho aparentemente secundario y pintoresco facilitó la labor de Pizarro.

—¡De todas las teorías políticas argentinas, ésta es la más delirante que jamás haya oído!

El agrégado se sacó del bolsillo y desplegó una hoja de periódico toscamente impreso, y fechado dos años antes, *La Pluma de Pasadas*, en el que aparecía una foto de Nicanor Sigampa. «He aquí la foto —explicaba el pie— que acompañaba al billete de cien dólares que usted ha encontrado en el correo esta mañana, si vive en nuestra provincia y si su carretero es honrado. Con este regalo inesperado, descubrirá una tarjeta impresa en elegantes caracteres dorados: "Haga fructificar su imaginación. Es un consejo de la Internacional Argentina." Evite que abran su correo las personas de edad o afectadas de dolencias cardíacas. Las autoridades dicen ignorar el origen de este dinero, pero subrayan con todo, como si hiciera falta, que no se trata aún de la paga de los funcionarios, que lleva un año de retraso.»

—¡Cien dólares por cada habitante censado! —exclamé—. ¿Y cuántos hay en la provincia de Misiones?

—Quinientos mil.

—Eso hace un total de cincuenta millones de dólares, poco dinero para comprar una provincia de esas dimensiones. ¿Y qué hizo la gente con el dinero?

—Se lo guardaron, que es lo más curioso, con excep-

ción de algunos que se compraron dos o tres acres de tierra para hacerla producir, pensando que ése era el sentido del mensaje que acompañaba a los cien dólares. En general guardaron el dinero en sus casas. En los ranchos puede verse la foto de Sigampa coronada por el billete de cien dólares y rodeada de cirios. Algunos dicen que por la noche los dólares se multiplican. Pero lo que ocurre es que el sentido mercantil se ha apoderado de todo el mundo y los negocios florecen. La provincia se ha convertido en una encrucijada de burdeles y de contrabando entre Paraguay, Argentina, Bolivia y Brasil. Se construyen casinos hasta al pie de las cataratas del Iguazú. Y todo gracias a los famosos dólares.

—¡Es ridículo, no le creo una palabra! ¿Y su acción política se reduce a eso?

—Es la prueba de su habilidad. No ha vuelto a manifestarse, simplemente espera.

—¿Espera qué?

—No lo sé. Pero suponga que un día desembarca allá abajo. Todo el mundo lo reconocerá al primer golpe de vista; no olvide que su foto, enmarcada en oro, se encuentra por todas partes, hasta en las paredes del aeropuerto. Un movimiento milita ya desde ahora por su candidatura para el puesto de gobernador, a pesar de que no se tienen pruebas de su existencia tangible, salvo por esta única fotografía, y que se ignora hasta su nombre, aunque familiarmente lo apodan «el Marciano».

—¡Me cuesta creer que en plena democracia el pueblo de Misiones pueda ser tan crédulo como usted lo pinta!

—Olvida usted la herencia de los jesuitas —dijo él con fatalismo.

Enemigo de los jesuitas como yo era, no soportaba que ningún otro los difamara.

—¡Esuira lo serás tui! —Lo desenmascaré—. ¿No eres el pequeño Pérez Perkins que se sentaba en la primera fila de la clase de quinto?

Habíamos ido a la misma clase del Colegio del Salvador, el liceo de los jesuitas de Buenos Aires.

—¡No has cambiado desde entonces!

—¡Ni tú tampoco!

Pedimos otros dos cafés irlandeses y empezamos a reavivar nuestros recuerdos escolares, que bien pronto se agotaron. El profesor de latín que nos zurrraba con la regla, las masturbaciones colectivas, algunas caras sin nombre, algunos nombres sin cara. ¡Qué lejos estaba todo aquello y cómo había cambiado Argentina desde entonces! La puerta del Rosebud se abrió para dar paso a la panda de mi padre, que acababa de dejar La Coupole. Eran una decena, borrachos perdidos y cubiertos de confeti.

—Ah, estabas aquí... ¡Te hemos estado buscando por todas partes! —Mi padre, queapestaba a ginebra, pegó su barba a mi oreja: ¡Por qué le has contado a tu madre que yo me acostaba con Mafalda Malvinas?

—¡Tú sabes que nunca le he dicho nada de eso a mamá! Pero ya mi madre le estaba tirando violentamente de la barba. Mafalda, al intentar separarlos, recibió una bofetada de mi madre, pero la cosa no fue a más. Demasiado borrachos para pegarse, continuaron llamándose «cornudo» y «puerca», lenguaje que nunca les había oído utilizar.

Hélène, la periodista, sin soltarse del cuello del cónsul de Ecuador, empezó a vomitar sus gambas en el preciso momento en que yo me abría paso hacia la salida. Recibí parte de su vómito sobre mi corbata inglesa y mi camisa, que tuve que quitarme ante la insistencia de los divertidos concurrentes.

Volví a ponerme la chaquera, la hija de Borges me ayudó a enfundarme el abrigo y me abrió la puerta. Salí a la noche helada y subí por la calle Delambre hacia el boulevard Raspail. Pude encontrar al fin un taxi y me volví a casa, furioso por la velada. Completamente transido, me arrojé dentro de la bañera llena de agua caliente.

No conseguía creer que Nicanor Sigampa fuera un aventurero político; a lo sumo, un megalómano que no sabía en qué emplear su dinero. Lo que más me intrigaba de él era precisamente su indiferencia, ya que no exigía jamás agradecimiento y mostraba casi un sentimiento de culpa respecto a su fortuna. Mientras que cualquier mequetrefe de su especie vive rodeado de una corte, que jamás lo abandona, a él se le veía siempre solo. Por otro lado, su donativo en dólares a la provincia de Misiones me parecía destilar la más pura generosidad. ¿Qué habla de extraordinario en un regalo, por extraordinario que fuera? ¿Acaso no me había explicado su temor de que la Internacional Argentina pudiera interpretarse políticamente? Soñé con Miguélito Pérez Perkins de niño: llevaba una corona de espinas y recitaba los Diez Mandamientos.

Me desperté tiritando en el agua fría del baño. Salté a ponerme un albornoz y fui a prepararme una infusión, que bebí sentado a la mesa de la cocina.

Pero es negro, me dije con asombro. Mi rechazo a experimentar cualquier sentimiento racista me había hecho olvidar aquel detalle enorme, primordial: ¡Nicanor Sigampa era negro! Más que de raza negra, era negro. Los argentinos no somos racistas. ¿Cómo vamos a serlo si jamás hemos visto negros, a no ser en películas o en el extranjero? Para nosotros, los negros no son gentes de otra raza, sino simplemente los blancos de color negro. El color negro posee, para las clases medias argentinas, la elegancia que

tan bien sienta a la belleza natural y a la fortuna de un Nicanor Sigampa. Estaba vestido de su color como si de un ropaje real se tratara. El personaje, bien pensado, me pareció más simpático que nunca. Me quedé dormido, con la cabeza apoyada en la mesa de la cocina. Soñé que, vestido de colegial, me encontraba ante la pizarra en lugar de Miguelito Pérez Perkins. También yo llevaba una corona de espinas. No me sabía la lección; la profesora (era Raula, la hija de Borges) me obligó a comerme un trozo de tiza. Me desperté, rechinando los dientes, y con la cabeza pesada; me dirigí a mi habitación, después de haber apagado la luz del cuarto de baño. Estaban pasando los basureros, y me disponía a correr las cortinas, cuando divisé la limusina negra de Nicanor aparcada delante de mi puerta. Un chófer paraguayo (no el mismo de la víspera) estaba arrancando el coche. En el asiento trasero, doña Rosalyn, la madre de Nicanor, aparecía sentada muy tiesa. Nuestras miradas se cruzaron. En la entrada encontré dos sobres metidos por debajo de la puerta; estaban en blanco y abiertos. En uno, un mensaje de Nicanor: «Perdóneme si lo he contrariado, se lo suplico.» En el otro, unas líneas escritas con letra de otra época: «Nuestro hijo desea convertirse en su amigo. Estramos dispuestos a pagar lo que pida.» Estaba firmado «Rosalyn Faulkner de Sigampa». Me quedé perplejo, pero dos minutos después dormía como un tronco.

3

A las diez de la mañana llamaron al timbre y empezaron a dar patadas a la puerta. Había olvidado que María Abelarda, mi ex mujer, que vivía en Nueva York, había anunciado su visita para Navidad. No sabía cuánto tiempo iba a durar su visita, pero sí sabía que iba a estar seriamente ocupado, dado que había prometido entregarle mi manuscrito a un editor panameño antes de fin de año. Y, para más inri, estaban las fiestas. Esperaba que María Abelarda no tuviera la intención de organizar un *réveillon* en mi casa, porque me vería obligado a trasladarme a un hotel. Había olvidado la energía que mi ex mujer suele desplegar con el solo fin de aturdirme y agotarme. Había cometido la estupidez de casarme con ella a los veinte años, cuando ella tenía esa misma edad. Nuestro matrimonio había durado tan sólo unos meses, pero nuestro divorcio duraría para siempre. Llevaba un vestido de color naranja, y venía teñida de un rojo llamante. La ayudé a meter sus bolsas. Ella se quitó las gafas oscuras para besarme; llevaba los dos ojos a la funerata.

—Acabo de hacerme un *lifting* —me dijo—. Por eso vengo a esconderme en tu casa.

—Muy amable por tu parte, pero prefiero que te pongas las gafas. Me das miedo.

—Ya verás como en una semana estaré tan divina como el día de nuestra boda. Sírveme algo de beber. ¿Por qué has cambiado de sitio todos los muebles? Ese sofá de Dalí en forma de boca está pasado de moda y ese biombo de Warhol es sencillamente ridículo. ¿Por qué no lo tiras todo a la basura? A tu edad deberías probar con los muebles ingleses. Yo te los escogeré, ya que no tengo nada que hacer aquí en París. Dame un dry martini, aunque no debería beber nada a causa del lifting. Mi marido me ha regalado un zafiro inmenso. ¡Míral!

—¿Cómo le va a Julio? —Su último marido, un cantante de cuadros venezolano de Nueva York.

—No sé cuánto tiempo va a durar lo nuestro —respondió ella en tono quejoso—. Es cierto que me deja hacer todo lo que quiero, pero no se ocupa lo suficiente de mi pintura. ¡Tiene miedo de que llegue a ganarme bien la vida y lo dejel!

María Abelarda no tenía la menor necesidad de ganarse la vida. Me había abandonado a los veintitún años por un rico marchante de cuadros español, luego fue un griego, y después el venezolano. Experta en cuadros ella misma, había acumulado en sus sucesivos matrimonios una importante colección de obras modernas, que enriquecía sin cesar, aunque socialmente prefería hacerse pasar por una artista. Su encanto, a pesar de que veinticinco años de matrimonios alcohólicos habían marchitado su frescor, seguía activo en los medios que ella frecuentaba. Llevaba varias modas superpuestas que por separado no hubieran tenido mucho éxito, pero que sumadas le otorgaban un aire sofisticado. Bajo su impermeable naranja y su sombrero verde para la lluvia, escondía una cabellera pelirroja, una minifal-

da de tela de poncho y un sari dorado, todo ello realzado por las joyas más dispares. Se quitó los zapatos de tacón de aguja para pedirme que le masajeara los pies, como cuando teníamos doce años. Yo me negué.

—¿Con quién vives?

—Vivo solo.

—¿Ni queridas ni amantes? ¿No tenías un gato?

—Lo estrangulé.

No sabiendo muy bien si bromaba, se rió, pero dejó de pedirme que le masajeara los pies.

—¿Te has convertido pues en un lobo solitario?

—Sí.

—Así que dormiremos en habitaciones separadas, ¿no?

—Por supuesto. Tú dormirás en la entrada.

—¿Cómo que en la entrada?

—O tendrás que irte a dormir al consulado de mis padres, que tienen un montón de habitaciones vacías.

—No soporto a tus padres, y me quedo aquí. ¡Pero eres tú quien va a dormir en la entrada!

Se puso a tomar una ducha sin cerrar la puerta del cuarto de baño y sin dejar de hablar. Yo me quedé plantado en medio de sus efectos desparrramados, con la cara entre las manos. En cinco minutos me puso al corriente de los asuntos del todo Nueva York (es decir, de sus amigos) en los últimos seis meses. María Abelarda pertenecía a un grupo de artistas que, desde 1965, y más bien con escaso éxito, veían intentando imponer el happening como arte absoluto. Ella misma había organizado happenings en Central Park, en el Capitolio, en El Escorial, en Aviñón, y hasta en Disneylandia, reuniendo a artistas plásticos de vanguardia cuya fama era generalmente tan efímera como los propios happenings. Para desnudar en público a un rockero, pedía un vestido a Karl Lagerfeld y un texto a Arrabal, o al revés. Todo

quedaba rociado de un líquido plateado con la ayuda de una manguera de incendios, sostenida por una modelo famosa o por César en persona, y todo ello en medio de la confusión que creaban dos orquestas interpretando a la vez una sinfonía de Beethoven y el último éxito de salsa, sin contar con unas cuantas vacas asadas, cuyo humo apenas lograba ocultar el del hachís, cabras recién pintadas de rojo a las que mejor era no acercarse y un montón de gallinas blancas asustadas. Se hacía esponsorizar modestamente, pero a fuerza de insistir había conseguido una beca Guggenheim vitalicia, que iba a permitirle garantizar la pervivencia del happening hasta el año dos mil, cuando el último hippie acabara de fumar su último canuto.

—Mi clientela es cada vez más joven últimamente —gritaba María Abelarda desde el cuarto de baño. (Cada frase me llegaba en medio de una nube de vapor)—. En mi último happening del Columbus Center ¡tenía espectadores quinceañeros!

—Sin duda muchos de hippies que han salido a sus abuelos!

Pero ella no me escuchaba. Rabiosa por rejuvenecer, intentaba atraerse una clientela de menores cuyos comportamientos se le escapaban. Seguía practicando el *streaking*, ese juego que consiste en desnudarse de improviso en cualquier lugar público. Su mejor amiga, que la detesta, me contó que había hecho un *streaking* en la sala del Carnegie Hall, en medio de un concierto de Yehudi Menuhin. Éste había continuado dirigiendo la orquesta sin pestañear y el público hizo como que no se daba cuenta de nada hasta el final del concierto. Furiosa, había tenido que volver a vestirse sola, después de haber recuperado su ropa interior a cuatro patas entre las piernas de los espectadores que salían de la sala.

—Abro una boutique en Nueva York! —me dijo mientras salía del baño «envuelta» en una toalla que apenas le cubría las nalgas.

—¿Una boutique de modas?

—¡Una boutique de todo!

—Todo argentino lleva una boutique en el fondo de su corazón —dije yo bromecendo.

Ella pareció ofendida.

—¡No abro la boutique en Buenos Aires, sino en Nueva York!

—¿Y quién paga?

—Tengo una beca de una nueva organización, la Internacional Argentina.

—¿Una beca para abrir una boutique?

—¡No es una boutique cualquier! ¡Es mi boutique!

—¡Hacerte pagar una boutique a tus años! ¡Todas las argentinas sois unas fulanas y todos los hombres unos gigolós!

Me agarró con las dos manos por el albornoz para sacudirme.

—¿Qué tienes tú contra los argentinos, hijo de puta?

¿Qué te crees que eres?, ¿inglés? ¡No eres más que un escritor fracasado, y por eso odias a todo el género humano!

¿Qué tienes contra las boutiques, tú que sólo publicas en las revistas más tiradas de Latinoamérica?

La abofeté. Ella consiguió arañarme la cara y una mano. Fui a refugiarme a mi habitación y eché la llave. Mientras me vestía, María Abelarda se ensañaba con mi puerta, llamándome «argentino de mierda».

Metí mis manuscritos —diez cuadernos llenos—, dos cuadernos en blanco y un poco de ropa interior en un maletín, que arrojé por la ventana. Mi habitación estaba en un primer piso, y daba sobre el patio. Conseguí bajar con bastante facilidad, colgándome de la rama de un castaño.

Salí a la calle; hacía buen tiempo para la estación que era, el sol brillaba sobre la nieve. Rico gracias a los dólares de Nicanor, pensaba pasar por mi banco, comprar traveller checks y correr a Orlly a ver si podía agarrar aún el avión de Aerolíneas Argentinas que sale por la tarde. Sólo en Argentina se puede estar a salvo de los argentinos, y nadie pensaría en venir a buscarme allí. Tenía la intención de instalarme en la costa, a varios centenares de kilómetros de Buenos Aires, en un pequeño hotel adonde solía ir a escribir cuando era joven. Aunque Dios sabe en qué estado de contaminación podrá hallarse esa costa hoy día, por no hablar de la urbanización y del turismo.

Apenas había llegado a la esquina, cuando materialmente me quitaron la maleta de la mano. Era Nicanor Sigampa, que sonreía con todos sus dientes.

—Esta maleta es demasiado pesada para usted.

Su limusina bloqueaba la circulación. Nicanor me hizo pasar a la parte posterior y se sentó a mi lado. Un cristal nos separaba del chofer.

—¿Adónde iba con tanta prisa?

—¡A Buenos Aires! ¡En París hay demasiados argentinos!

Eso lo hizo reír. Yo proseguí:

—Esta mañana he recibido la visita de mi ex mujer, que vive en Nueva York, y me ha dicho que abriría una boutique con dinero de usted. ¿Acaso tiene pensado comprar a toda la colonia artística del mismo modo que compró la provincia de Misiones?

Relá de tal modo que la limusina se bamboleaba.

—María Abelarda es una vieja amiga. La conozco desde antes que usted. Estuvimos juntos en el parvulario.

—¿Y los cheques que distribuyó en La Coupole?
Su frente se ensombreció.

—Usted sabe que muchos de nuestros artistas sufren durante el invierno, a causa del frío y de la nostalgia. ¿Qué cosa más natural que hacerles un pequeño regalo de Navidad?

No supe qué responder. Tuve de pronto la sensación de estar molestando. Al fin y al cabo, lo que Nicanor Sigampa hiciera con su dinero no me importaba lo más mínimo.

—Desde ayer me encuentro en un estado de constante exasperación contra usted; le ruego que me excuse si mis maneras le parecen altivas o inquisitoriales, pero ¡me resulta usted in-so-por-ta-ble! ¡Haga con su dinero lo que quiera, pero déjeme en paz!

El coche, tras haber dado la vuelta a la Plaza de la Concordia, subía por los Campos Eliseos.

—Usted es especial, Copi. ¡Es usted el ciudadano más honesto de toda la República Argentina!

—Sólo después de usted. Y, ahora, ¿quiere decirme por qué distribuye su dinero en nombre de una sociedad secreta sin sacar ningún beneficio de ello?

—Se equivoca —dijo, colocando ambos pulgares sobre su corbata de color verde pistacho— si cree que no extraigo de ello ningún beneficio. Saco, por el contrario, dos beneficios, ante todo uno de carácter moral, y luego el de haber podido conocerlo a usted.

—¿Y por qué yo?

—Ya se lo dije, porque es usted la única persona honrada de nuestro país.

—Admittiendo que tal cosa sea cierta, ¿por qué me quiere en su organización? Porque le repito que, por más contento que esté de haberme conocido, ¡a mí usted me irrita profundamente! Y suponiendo que yo sea una persona honrada, la más honrada incluso del mundo, me gusta

ser reconocido por otras cualidades. Supongo que a usted tampoco le agrada que se le acerquen por su dinero. Y cuando dice que soy honesto, imagino que se refiere a honestidad intelectual, porque, en lo demás, soy tan poco honesto como el resto de los intelectuales.

El me palmoteó en la rodilla.

—¿Sabe que es uno de los raros argentinos, en todo el mundo, que nunca ha estado en prisión, ni hecho contrabando, ni expresado la menor idea política?

—Si usted lo dice, será cierto, aunque no veo en ello nada digno de encomio. Tampoco soy un escritor muy conocido, y sin embargo ésa es mi mayor ambición.

—¿Por qué empeñarse en reinar sobre un mundo de ballenas ficticias y pampas barridas por el viento, a veinte mil kilómetros de distancia, cuando las ballenas y las pampas están ahí, al alcance de su mano?

—Yo no tengo su dinero.

—Por lo que al dinero respecta, deje que yo me ocupe de usted.

—¿Va a comprarme una estancia en la Patagonia para que pueda inspirarme allí?

—Mejor aún. Voy a ofrecerle el país entero.

Íbamos en aquel momento escoltados por una doble hilera de motoristas, por haberse mezclado el chofer inadvertdidamente en el cortejo de un presidente negro, cuya reluciente nuca, bajo el sombrero de copa, podía divisarse a través del parabrisas. A cada lado de los Campos Eliseos, una multitud de negros vestidos con trajes nacionales agitaba banderitas multicolores a pesar del frío reinante. El presidente, a su vez, agitaba su mano enguantada de blanco por la ventanilla.

Ya empezamos con los líos, me dije, a pesar de la diferencia de Nicanor y el chofer.

—¿Quiero hacer de usted el presidente de Argentina!

Algunos súbditos del presidente africano se metían en la calzada para agitar más de cerca sus banderitas; Nicanor, a imitación del presidente, saludaba a la muchedumbre con la mano. Llegamos así al Arco de Triunfo, donde nuestro coche se separó al fin del cortejo, que iba a depositar un ramo de flores ante la tumba del Soldado Desconocido. Yo no estaba muy seguro de haber oído bien.

—¿Quiere hacer de mí el presidente de Argentina?

—Para las elecciones del noventa, si nos damos un poco de prisa.

—¿Quiere decir que tiene intención de financiar mi campaña electoral?

—Tengo los medios.

—Pero ¿por qué yo? Por honesto que sea, no tengo la menor ambición política ni la menor ambición de nada, como no sea de orden literario. Podrá encontrar sin duda alguna quien me sustituya.

—Usted no me entiende. No se trata ni de la presidencia ni de la república que estamos acostumbrados a soportar, sino de una nueva república, y lógicamente de una nueva presidencia, más humana, más imaginativa, en una palabra, de todo lo que usted ya encarna de manera natural como simple ciudadano. Será usted presidente, pero seguirá siendo usted mismo.

—¿Y qué pinta usted en todo esto?

—Yo no pretendo más que un puesto irrisorio, de jar-dinero, como el emperador de China fue jardinero de Mao. Adoro los jardines, y estoy seguro de que pasará usted gran parte de su tiempo pavoneándose bajo los magnolios que plantaré para usted en la quinta presidencial.

—¿Y quién se ocupará del país?

—Nadie, ésa es la novedad. Nada de ejército, ni cáma-

ras, ni ministerios, ni organismos del Estado. ¡Partiremos de cero!

—¿Propone la anarquía?

—¡Bobadas! Los argentinos no son anárquicos por naturaleza. ¡Nadie lo es! Se organizarán muy bien solos. ¡Nunca han soñado en otra cosa! Argentina posee el más precioso de los potenciales: ¡la imaginación!

—¿Y la ley?

—Los jueces que hagan lo que quieran. Se les agradecerá que den pruebas de imaginación, como todo hijo de vecino. Y si las energías diseminadas por todo el mundo y los cerebros como el suyo vuelven al país, ¡pronto seremos un paraíso en la tierra! Un paraíso ateo, naturalmente —se apresuró a añadir, conociendo mis principios.

—No me interesa.

—¿Qué es lo que no le interesa?

—La presidencia de la República.

—¡Oh!, no esperaba que aceptara a la primera. No es su estilo. Le dejo tiempo para que reflexione. ¿Qué le parece un almuerzo en Lipp?

—Sigo decidido a salir para Buenos Aires esta tarde, y debo pasar por el banco.

—Paciencia. Cuando vuelva a Buenos Aires ya no será como un simple ciudadano. ¿Qué le parece lo de Lipp?

—Gracias, pero hoy no.

—Ya sé que no le gusta el contacto con la gente, pero todo llegará. ¿Qué restorán prefiere?

Era evidente que con él jamás llegaría al aeropuerto.

—Me vuelvo a casa, he dejado sola a la pobre María Abelarda —pretexté de manera poco convincente, a pesar de lo cual Nicanor aceptó dar mi dirección al chofer. Por un momento creí que intentaría secuestrarme.

—Transmítala a María Abelarda mis mejores saludos y

no olvide decirle que piense en mí cuando tenga necesidad de lo que sea. A propósito, ¿está usted casado?

—Más o menos. Sí, para la ley argentina, aunque nos hayamos divorciado en México y María Abelarda se haya casado luego dos o tres veces. ¿Por qué me lo pregunta?

—Ya sabe que los presidentes de la República Argentina deben estar casados.

Imaginé a María Abelarda en el papel de Eva Perón, papel que sin duda alguna había soñado encarnar un día, como todas las argentinas. ¿Insistiría en obtener la vicepresidencia, como Eva, e intentaría manipular a mis ministros? ¿Sería tan popular como Eva? Ciertamente lo sería más que yo, como siempre ha sucedido. Temblé pensando en los modelitos que se pondría para aparecer en el balcón de la Plaza de Mayo, para arengar a las muchedumbres.

—¿Y qué pinta el ejército en todo esto?

—Lo transformaremos en un ejército mercenario. Lo alquilaremos a los países vecinos para que hagan las guerras que siempre han soñado.

—¡Pero se tratará siempre de guerras entre países limítrofes por conflictos fronterizos! —exclamé.

—Poco importa, con tal que no sea contra nosotros. En cada guerra nos guardaremos una porción del territorio conquistado. No olvide que en parte gracias a esto Argentina sigue siendo tan grande hoy día.

Hablamos llegado delante de mi casa.

—¿Qué piensa hacer esta noche? Me gustaría invitarlo a la Ópera con María Abelarda. La escenografía es de Lavelli, que es argentino.

—Gracias, esta noche estamos comprometidos.

—¿Mañana quizá?

—Muy bien. Lámmeme mañana.

Agarré la maleta y dejé a Nicanor en la acera.

Encontré la puerta de mi apartamento cerrada por dentro; llamé al timbre un buen rato, y ya me disponía a entrar por la ventana de mi habitación cuando María Abelarda abrió. Llevaba una bata de satén negro con una pequeña cola, y el escote dejaba al descubierto sus pezones. Su pelirroja cabellera llamaba sobre sus hombros. Recordé su parecido con Rita Hayworth, parecido al que ella había sacado buen partido en su juventud. Un fresco aroma de perfume americano flotaba en el ambiente.

—¿Te vistes así para almorzar?

—Sólo para ti, querido.

—¡Alto ahí, María Abelarda! ¡Sabes que no tengo ganas de acostarme contigo desde hace diez años!

Entonces me dí cuenta de que había alguien más en el apartamento, hundido en el sofá. Era Miguelito Pérez Perkins, mi condiscípulo en los jesuitas.

—¡Temprano te levantas esta mañana! —dije yo de mal humor—. Si crees que tengo la menor intención de hacer un ríto con un camarada de clase, te equivocas.

María Abelarda estalló:

—¡Es evidente que me tomas por la peor de las tiradas! ¡Es la primera vez que veo a este señor!

—He venido a verte a ti —murmuró Miguelito, rojo de confusión.

—¿Y crees que una discusión de borrachos en el Ro-sebud te da derecho a introducirte en mi casa de improviso?

—Fui yo quien le dijo que viniera cuando telefoneó —intervino María Abelarda—; tiene algo urgente que decirte.

Miguelito se puso de pie. Tenía todavía el sombrero en la mano.

—El embajador de la República Argentina desea entrevistarse cuanto antes contigo.

Comprendí de inmediato la relación con las intenciones de Nicanor Sigampa.

—Llámale —le dije, mostrándole el teléfono.

María Abelarda nos sirvió dos dry martinis en una bandeja dorada.

—¿De dónde ha salido esa bandeja? —pregunté.

—Acaban de traerla de Cartier, ¿la has comprado tú?

—¿Comprar yo una bandeja de oro en Cartier?

—El embajador de Argentina —anunció Miguelito, pá-sándome el auricular.

—Mí querido Copi, no sabe cuánto me ha gustado su último libro...

Durante todo el tiempo que llevaba viviendo en París, los diplomáticos argentinos (a los que evitaba cuidadosamente) se habían sucedido con tal rapidez que los confundía a todos, como me ocurría con los recuerdos del Colegio del Salvador.

—¿En qué puedo serle útil, señor embajador?

María Abelarda me arrancó el auricular.

—¡Johnny, soy yo, María Abelarda, conejito mío! ¡Ven

a almorzar con nosotros... ¿Que qué estoy haciendo aquí? Soy la ex mujer de Copi, ¿no lo sabías?—Cogió y, furiosa, se me encaró—: ¡Seguro que vuelves a pensar que soy una tirada porque soy amiga de Johnny! ¡Olvidas que soy una de las artistas argentinas más invitadas en las embajadas!

—¿Y qué le vamos a servir para almorzar a tu conejito? Era mediodía y yo empezaba a sentir hambre.

—El embajador traerá carne argentina—dijo Miguelito—. Guarda siempre varios kilos en el refrigerador que se ha hecho instalar en el maletero de su coche.

—Yo tengo el caviar que robé en la primera clase de Air France—dijo María Abelarda—. Miguelito, vete a la cocina a pelar unas cuantas patatas. ¿Alguno de vosotros sabe cómo se hierven las patatas?

María Abelarda dejó que Miguelito liara un porro de opio—que, al parecer, había vuelto a ponerse de moda en Nueva York—, antes de ponerse a hervir las primeras patatas de su vida. Me di cuenta entonces de cuál era el cambio que más me molestaba en ella, mucho más que las caricices que le rodeaban los ojos; María Abelarda andaba a la caza de un nuevo marido y recurría para ello a las armas más vulgares de las vicetiples: ropa escotada y aire de cocinera burguesa. A mí aquello me importaba un pito, pero ¿qué diablos venía a hacer a mi casa? Miguelito, bien asentado en su butaca, liaba con todo cuidado su porro de opio sobre el reborde de su sombrero.

—¿Y cómo terminó la encantadora velada del Rosebud?—le pregunté.

—Mal—dijo él con un suspiro—. El cónsul de Ecuador se batió en duelo con tu padre.

—¿En duelo?

—A botellazos. En plena calle, a las cuatro de la mañana, y animados por los parroquianos que habían salido a

la acera. El cónsul de Ecuador resbaló sobre la calzada y se rompió una pierna.

—¿Y mi padre?

—Recibió sólo un botellazo en la cabeza, pero asestado por tu madre, que quería impedir el duelo.

—Pero ¿por qué se batieron?

—El cónsul de Ecuador insinuó que, en el consulado de tus padres, el buffet frío que se sirve en las recepciones oficiales solían robarlo del restorán universitario de Ecuador.

—Hubieras debido impedirles llegar a eso. Al fin y al cabo, tú eras el único diplomático argentino presente.

—Desgraciadamente, yo mismo estaba ya fuera de combate cuando todo eso se produjo.

—¿Un botellazo?

—No, fue una silla.

—¡Pobre muchacho! ¡Pues sí que se trataba de una verdadera riña callejera! ¿Y quién te lo hizo?

—Raula.

—¿Raula, la hija de Borges? La verdad es que tenía un aire bastante peligroso. ¡Mira que es brutal! Pero ¿por qué la emprendió contigo?

—Oh, nada grave. Es mi prometida.

No pude dejar de reírme y me apresuré a pedirte disculpas.

—Sé que Raula puede parecer extraña desde varios puntos de vista, pero no hay que olvidar que tuvo una infancia muy difícil, tironeada entre su padre, que quería educarla a la inglesa, y su madre, que quería hacerla a la portuguesa. Encima, su padre no quiso reconocerla como hija legítima hasta una semana antes de su muerte, hace apenas dos años. Eso trastornó su vida. Antes, cuando se llamaba Raula Rodríguez, nadie le hacía caso. Ahora, en cambio, se ha convertido en una personalidad dentro de la colonia argentina.

—Nada más lejos de mí que criticar tu elección, ya que, como ves, en cuestión de mujeres no puedo lanzar la primera piedra. Por otro lado, más vale una mujer que te pegue antes de llegar al altar, al menos luego no hay sorpresas.

—Te equivocas si crees que me zumba a menudo. Es la primera vez que ocurre, y en gran parte fue por mi culpa. Tuve la mala ocurrencia de hablar condescendentemente de Nicanor Sigampa. Y ella está muy relacionada con él. Él es quien financia la Fundación Borges.

—¿Y a qué se dedica esa fundación?

—A distribuir dinero entre los jóvenes escritores con talento.

—¿Es decir, a los jóvenes escritores como tú?

—No me da vergüenza haber recibido dinero de la Fundación Borges. Por otro lado, soy el más ferviente admirador del difunto escritor. En cuanto a Raula, a pesar de nuestra pelea de esta madrugada, pensamos casarnos dentro de una semana, el día de Navidad. Por supuesto, estás invitado a la boda, así como a la recepción que se celebrará en la embajada.

—Gracias. No quiero quitarles a los estudiantes el pan de la boca.

—Eres terrible; nos acusas de ser una embajada de segundo orden, cuando sabes muy bien que en el capítulo de restauración somos los mejores después de los australianos. Además, nuestro cuerpo diplomático cuenta con las mujeres más elegantes del mundo de las artes, por no hablar de las maniqués estrella y los fotógrafos de alta costura de París. Por lo tanto, no se puede comparar nuestra embajada con el consulado de tu padre, aunque el Uruguay, país de tradición más antigua que el nuestro, pase en la actualidad por una mala coyuntura económica.

En aquel momento sonó el teléfono. Era mi padre.

—Querido, tengo algo muy grave que confiarte, ¡pero ni una palabra a tu madre! ¡Estamos arruinados! ¡He perdido el consulado en el casino!

—¿Cómo has podido perderlo? ¡Si no te pertenece!

—¡Precisamente por eso! Necesito veinte millones de aquí a una semana. ¿Podrías prestármelos?

—¿Estás loco? ¿Te crees que llevo veinte millones en el bolsillo?

Papá se puso a llorar por teléfono; nada podía decirme más. Tanto más cuanto que estaba seguro de que se trataba de una mentira para sacarme dinero. Y no era la primera vez.

—¡Ni una palabra a tu madre! —repetía entre sollozos.

—¿Cuándo perdiste ese dinero?

—¡Anoche, en el casino de Deauville!

—¡Anoche no estabas en Deauville, sino en Montparnasse, donde recibiste un botellazo de mamá a las cuatro de la mañana!

Mi padre, confundido al descubrirse su mentira, balbuceó:

—No fue ayer, sino anteayer..., creo.

—¡Anteayer pasaste la velada conmigo!
Y colgué furioso.

—Resulta difícil tener unos padres como los tuyos —dijo Miguelito, que seguía liando su canuro de opio—. No sé si debería decirte, pero tu padre tiene la intención de vender el chalet que sirve de sede al consulado de Uruguay. Me han dicho que ha alquilado ya el primer piso a una academia de billar, donde se juega por dinero. Pero se cuentan tantas cosas...

Llamaban a la puerta. Fui a abrir al mismo tiempo que María Abeldarda. Era el sirviente paraguayo de Nica-

nor. Llevaba una bandejita, de plata esta vez, sobre la cual aparecía depositado un sobre de papel de seda plateado. Le di diez francos de propina. Él quiso dejarme la bandeja, y yo me negué, naturalmente. Era un mensaje de Nicenor: «¿Podemos vernos esta tarde? Espero su llamada.»

—¿También tú conoces a Nicenor?—me preguntó María Abelarda, que leía por encima de mi hombro—. ¿Cuánto te ha dado a ti?

—¡No es asunto tuyo! Sonó el teléfono.

—Tu señora madre —dijo Miguelito, pasándome el auricular.

—¡Feliz cumpleaños, querubín mío!

—Gracias, mamá; me había olvidado de que era hoy.

—¡Una madre no olvida jamás el aniversario de su hijo adorado! Te preparamos una gran fiesta en el consulado de Uruguay, mañana por la noche. ¡Ven de esmoquin!

—Pero, mamá, sabes muy bien que no tengo esmoquin. Además, ¡detesto ese tipo de fiestas!

—No importa. ¡Es tu cumpleaños y se acabó! ¡Si no tienes esmoquin, te compras uno! ¡No creerás que tu padre y yo, arruinados como estamos, vamos a seguir haciéndote regalos como cuando tenías cinco años! ¡Piensa en la fortuna que vamos a gastarnos en tu honor mañana!

—Mamá, ¿estás segura de que hoy es mi cumpleaños? ¡Nací en agosto y estamos en diciembre!

—¡Naciste en diciembre de mil novecientos cuarenta y uno!

—Mamá, te juro que nací el doce de agosto de mil novecientos cuarenta. Te confundes con mi hermana Juliette.

—¡Una madre jamás confunde las fechas de cumpleaños! Y si es preciso, las modifica a su gusto.

—Bien, mamá.

266

—De esmoquin, ¿entendido? ¡Hasta mañana! Murmuré de nuevo un «bien, mamá», pero ya había colgado. Miguelito me tendió la mano.

—¡Feliz cumpleaños, camarada! Tenemos la misma edad! La noche anterior apenas había dormido, y el sueño empezaba a pesar en mí más que el hambre.

—Con tal que tu embajador llegue temprano... —dije, dejándome caer en una silla—; porque después de almorzar pienso echarme una verdadera siesta argentina...

Llamaron al timbre. Miguelito, convertido de repente en un humilde fámulo, se precipitó a abrir. El embajador andaba por la sesentena; el bigote gris y el traje cruzado de franela dejaban adivinar un radical tradicionalista, pero buen vividor. Traía atado con una correa lo que al principio creí que era un gran perro amarillo, pero era un puma. —No tenga miedo. Tiene los dientes y las uñas limados —dijo, riendo jovialmente.

—El embajador Juan José Pérez Sanchulo —dijo Miguelito, presentándome.

María Abelarda se hallaba extasiada con el puma; le empezó a acariciar la cabeza, pero el bicho, un tanto arisco, saltó por encima de nuestras cabezas y fue a refugiarse en mi habitación.

—No les conoce aún lo suficiente, pero ya verán como dentro de un rato reaparece dulce y mimoso como un gato castrado. Es la hora de su Valium, que toma siempre a la hora del almuerzo.

El chofer de la embajada, tieso y envarado en el umbral de la puerta, llevaba en las manos un paquete envuelto en tela que parecía un bebé.

—¿Dónde debo dejar la carne, excelencia?

—Propongo que pasemos a la mesa —dije yo—. ¡Me muero de hambre!

267

María Abelarda había decorado la cocina como un harén, con soberbios velos colgados de las paredes y de las ventanas y una luz naranja en lugar del alumbrado habitual. En medio de la mesa, una cacerola llena de agua hirviendo en cuyo fondo podían verse tres patatas sin pelar. Miguelito se apresuró a correr los bistecs y a pasarlos por la plancha, mientras nosotros atacábamos el caviar robado en Air France, regado por el champán argentino traído por el embajador, delicioso pero sin burbujas. El embajador, con los bigotes constelados de caviar, abrió fuego.

—Se dice que es usted muy amigo del señor Sigampa. Estuvimos a punto de encontrarnos esta mañana en el Arco de Triunfo, donde también yo había ido a depositar una corona de flores, pero la limusina en la que ustedes iban desapareció de pronto.

—No habíamos ido a depositar ninguna corona de flores. Nuestro coche se mezcló por error en una comitiva oficial —expliqué secamente.

—Cualquier ciudadano puede depositar una corona de flores ante la tumba del Soldado Desconocido, si así le apetece. El señor Sigampa es una persona muy original. Además, no es precisamente dinero para comprar coronas de flores lo que le falta.

—Si viene usted a hablarme mal de Sigampa, créame, señor embajador, que empiezo a acostumbrarme a ese género de cosas. Coja, por favor, una patata. ¡María Abelarda las ha puesto a hervir con sus propias manos!

María Abelarda, sin disimular demasiado, hacía piecitos con el embajador, por debajo de la mesa. Miguelito nos sirvió unos gruesos bistecs argentinos calcinados.

—No he venido a hablarle mal de Sigampa, mi querido amigo, sino todo lo contrario. El gobierno al que re-

presento y yo mismo tenemos todas las razones para creer en su buena fe, de la que ha dado testimonio en múltiples ocasiones. Usted sabe que es él quien paga el alquiler de nuestra embajada; sin su ayuda estaríamos en la calle. Pero es un hombre de difícil acceso. Hace un año que espero poder tener una entrevista con él. E invariablemente responde a mi secretaria que vuelva a llamar la semana próxima.

—Supongo que tiene derecho.

—Por supuesto, por supuesto. Pero no hay que olvidar que soy su embajador.

—Si comprendo bien, cuenta usted conmigo para obtener una entrevista con Sigampa.

—No, creo que eso no funcionaría. —Y, con aire repentinamente cauteloso, añadió—. ¿Puedo hablarle en privado?

A pesar del aire contrariado de María Abelarda, lo hice pasar a mi habitación y cerré la puerta. El puma dormía sobre mi cama, que previamente había abierto a zarpazos. Las plumas de la almohada regaban todo el cuarto.

—¿Acaso no es soberbio? —exclamó el embajador—. Yo mismo lo he criado con biberón. ¡Es el más bello ejemplar de nuestra provincial! Mi mujer y yo lo queremos como a un hijo; duermes con nosotros en nuestra cama.

Imaginaba el estado de su cama, a la vista de lo que la fiera había hecho con la mía.

—En París no consigue habituarse al frío —dijo el embajador, con tristeza—. No soporta el abrigo que mi mujer le ha comprado y cae en períodos de profunda melancolía, o se vuelve malo y muere a su niñera. Lo llevé a un psicoanalista para perros, pero por poco lo devora.

El embajador se sentó familiarmente en mi cama, con la espalda apoyada contra el lomo del puma, cuyos ronquidos se redoblaron.

Un olor nauseabundo invadió la habitación; al principio creí que venía de fuera, pero la ventana se hallaba cerrada.

—Es mi puma, se pede sin interrupción mientras duermo. Corrí a abrir la ventana, a pesar del frío. El embajador, entretanto, encendió un puro.

—Puede usted cerrar, ¡el olor de mis puros podría borrar hasta los pedos del diablo!

Rió ruidosamente, al tiempo que él mismo empezaba a peder generosamente. Yo volví a abrir la ventana.

—El caviar me produce gases. ¡No sabe lo que sufro en las recepciones de los países del Este, donde no sirven más que eso!

—¡Me ha pedido usted una entrevista para darme una conferencia sobre sus gases, señor embajador!

Yo fui el primer sorprendido por la vulgaridad de esta pregunta, pero ¿de qué otro modo se podía tratar a un personaje tan repugnante? Permaneció un momento concentrado en su puro. El aire volvió a hacerse respirable, y yo volví a cerrar la ventana.

—El dinero es una porquería —dijo al fin con un suspiro—. Sin duda encuentra mi franqueza chocante en un embajador, pero ¿qué quiere?, fuimos educados para vender vacas, no para las sutilezas de la diplomacia. Hace al menos veinte años que me habría retirado de no ser por la ambición de mi esposa. ¡Toda mi vida tendré que pagar el haberme casado con la hija de un conservador! Sin duda usted, que es un puro, un poeta, en definitiva, me comprenderá. No imagina con qué emoción leí su última oda, *El camino solitario*, creo que se llamaba. Describía en ella a un muchacho indio que se rebela contra la sociedad y prende fuego a la escuela. Pues bien, ¡ese muchacho indio soy yo! Todos los días sueño con prender fuego a la embajada, y sin embargo... ¡jamás me he atrevido porque soy

270

un cobarde! ¿Quién podría comprenderme mejor que usted, que tiene más imaginación que yo?

Decididamente, la imaginación se vendía bien en Argentina desde la marcha de los generales.

—«La imaginación, que puede hacer que os emocionéis con una sonrisa, puede igualmente hacer surgir un géiser de petróleo en el desierto o, por qué no, hacer que las vacas vuelvan solas al establo.»

El embajador acababa de citar una estrofa de mi oda maolista *El sol rojo de las pampas*, que escribí a los diecisiete años, y que detesto; por lo demás, nunca logré recoger los pocos ejemplares que aún aparecen aquí y allá.

—Ésa es la razón que me autoriza a desvelarle mis penas. ¡Cuento con su discreción!

—¿Y cuáles son sus penas, señor embajador?

—Mi pena, mi más profunda pena, querido Copi, es que en lugar de ser embajador del Japón, o de un país de la Comunidad Europea, ¡soy el de un país al que nadie toma en serio!

—Está exagerando —dije yo, picado en mi amor propio de argentino—. En tiempos de la dictadura militar éramos considerados ciertamente una república bananera, ¡pero desde la llegada del doctor Alfonsín al poder nuestro prestigio no puede ser más alto en el concierto de los países democráticos!

—¡Pero la deuda —suspiró—, la deuda!... ¡Debemos cuatro mil millones de dólares al Fondo Monetario Internacional, sin contar los intereses!

—Cierro, está la deuda. Pero ¿en qué puede afectarle a usted personalmente?

—¡Mi carrera depende de ella!

—No veo por qué la deuda exterior argentina tenga que pesar en la carrera de un embajador. ¡Todo el mundo

271

sabe que usted no sirve para nada y que se le paga para hacer de figurante en la escena diplomática! ¡Resulta usted casi tan inútil a su país como su puma!

Esperaba que se enfadase. Y se puso a llorar como un niño.

—Es por causa de ese maldito Sigampa, que tuvo la idea de venir a instalarse aquí. El gobierno argentino me ha puesto entre la espada y la pared: ¡u obtengo de Sigampa un préstamo de cuatro mil millones de dólares o pierdo mi embajada!

—¡Cuatro mil millones de dólares!

—Eso no es nada para Sigampa. Es uno de los hombres más ricos del mundo. ¡Si no nos presta esa cantidad es porque desea la caída del gobierno! ¡La razón? Es un hombre apolítico (se comprende, dado su color), y un patriota irrepachable (sin duda también a causa de su color). Pero hace un año que se niega a entrevistarse con un enviado del gobierno. ¡Durante el último viaje a París del presidente, fui insultado en público por nuestro primer mandatario porque no había conseguido la entrevista con Sigampa! —Sus lágrimas se redoblaron—. Me he pasado el invierno apostado en mi coche delante de su chalet ¡y sólo he logrado obtener una breve entrevista con su madre! ¡Solo dos palabras al pie de su Bentley, antes de que me hiciese echar por sus criados indios!

—Así que, si no entendi mal, quiere que le pida cuatro mil millones de dólares a Nicanor Sigampa de su parte, es decir, de parte del gobierno argentino.

El embajador, haciendo una complicada pirueta, vino a ponerse de rodillas ante mí y posó las manos sobre el puma.

—¡Le daré el diez por ciento! ¡El veinte por ciento! ¡El treinta!

Marqué el número de Nicanor.

—No esperaba menos de usted —dijo el embajador.

—Esperaba su llamada —dijo Nicanor.

—Me gustaría verlo esta noche, pero ahora mismo quisiera plantearle algo más urgente. Tengo en mi casa al embajador de Argentina, y busca cuatro mil millones de dólares para enjugar la deuda exterior argentina.

—¿Y usted qué opina? —dijo Nicanor.

—¡No es mi dinero!

—Dígame que tendrá mi respuesta mañana, lo decidiremos en nuestra reunión de esta noche. Mi coche pasará a recogerle a las siete.

El embajador, que no había dejado de escuchar, se arrojó a mis pies y me besó las manos.

—¡Es usted mi benefactor!

—No me lo agradezca. Aún no tiene el dinero.

Yo no ignoraba el juego político que representaba esa deuda, y me parecía delicado tener que tratar el asunto delante de aquel imbécil.

—¿Cómo agradecérselo?

—¡Acortando su visita y la de su puma!

En mi salón, María Abelarda, en medio del desorden de sus maletas deshechas, hojeaba un número viejo de *Libé*. Yo empujé al embajador y a su puma aún medio dormido hacia la puerta, lanzándole al pasar a María Abelarda:

—¡Volverás a ver al embajador mañana por la noche, en mi fiesta de cumpleaños del consulado de Uruguay!

—¿En casa de sus padres? —dijo el embajador desde el descansillo—. ¡Pero si no estoy invitado!

—¡No importa! Es allí donde obtendrá la respuesta. ¡Vaya de esmoquín!

Cerré de un portazo; el golpe acabó de despertar al puma, que se puso a rugir por la escalera.

—¿Una fiesta? —dijo María Abelarda—. ¿Y mi lifting?

¡No puedo pasarme toda la noche con las gafas puestas!

—Casi no he dormido esta noche, y voy a echar una siesta. Despiérrame a las seis, con tiempo para tomarme una ducha. Me pasan a buscar a las siete.

—Empiezo a darme cuenta de que eres un VIP, a pesar de haberme jurado que llevabas vida de trapense.

Fui hacia mi habitación, y María Abelarda detrás, pisándome los talones.

—¿Por qué da tu madre ahora una fiesta de cumpleaños, cuando tu cumpleaños es en agosto?

—No lo sé. Mañana lo veremos.

Intenté cerrar la puerta de la habitación, pero ella consiguió colárase en la cama.

—Yo también tengo sueño, ¡me he pasado toda la noche en el avión!

Nos tumbamos en la cama, donde flotaba un fuerte olor a tigre.

—¿Te gusta mi perfume? —preguntó María Abelarda, rociándome con su pulverizador—. ¡Es afrodisíaco!

Rechacé con firmeza sus avances y me envolví en el edredón, antes de dormirme.

5

En el coche que me llevaba a casa de Nicanor Sigampa, empecé a preguntarme si en aquel juego en el que se cruzaban los sueños presidenciales y los miles de millones de dólares, no corría el riesgo de dejarme la piel. Se se- cuestra a la gente por muchísimo menos. Pero ¿quién podía querer mi muerte? Afortunadamente, nadie estaba al corriente del carácter de mis conversaciones con Sigampa; las autoridades argentinas me tomaban por un simple intermediario oficioso.

Había cometido un error al dejar escuchar al embajador mi conversación telefónica con Nicanor. Y había cometido otro error al dejarme ver en público con él, y sobre todo en las circunstancias de la mañana, junto al Arco de Triunfo. Me preguntaba si todo aquello no habría sido orquestado por el propio Sigampa. Sabía ya lo maquiavélico que era, y me daba cuenta de la habilidad con que había sabido multiplicar las tentaciones para llevarme a aceptar, en veinticuatro horas, el extraño pacto que me había propuesto. También yo había presentado, desde hacía al menos un año, que el siguiente presidente democrático de Argentina sería un civil extraño a la política, y que su pa-

pel sería más simbólico que real. A su sombra, la *intelligencia* argentina proseguiría la tarea cultural y administrativa ya emprendida. Hasta ahí la cosa estaba bien pensada, convenía a todo el mundo y, especialmente, a los cerebros que regían el destino del país, y que preferían mantenerse en la sombra cualquiera que fuera su color. Pero había un punto en el que el señor Sigampa y sus amigos se habían equivocado (no me cabía duda de que, a pesar de su aparente aislamiento en pleno París, Nicanor tenía varios consejeros). Habían olvidado el ascendiente que tiene el presidente de la República en un país acostumbrado a glorificar a los presidentes en el ejercicio de sus funciones. Cualquier hombre inteligente, y hasta discreto, podría llegar a poseer un poder potencial inmenso; para probarlo no había más que ponerse a realizar caprichos que pronto serían tomados como líneas de fuerza de una doctrina política que cualquier imbecil puede elaborar en sólo media hora. Pero no era eso lo que más me interesaba en este asunto (el poder jamás me ha interesado); lo que aquella noche me impulsaba a continuar actuando en aquella comedia era saber hasta dónde se puede llegar en un juego de este tipo sin quemarse las plumas, hasta qué punto un pardillo de la política como yo puede llegar a convertirse en un iluminado de la historia. Y al menor peligro abandonaríala partida, haciendo público el conjunto de mis conversaciones con Sigampa. Tal era mi plan, que tranquilizaba sobre todo mi conciencia intelectual. Sabía, sin embargo, que con un adversario como Sigampa mi plan tendría que ser modificado en más de una ocasión.

Una lluvia fina diluía la nieve de la calzada. Hice detener el coche en la calle Royale para comprar *Le Monde*; ninguna noticia de Argentina. O dicho de otro modo: todo bien. Y de nuevo Campos Eliseos y Arco de Triunfo,

en una orgía de luz y de colores. Esta visión mágica, que todo el mundo conoce por las postales, me inquietó como si me despertara en un decorado cinematográfico. Al fin y al cabo, como decía Borges, todos mis años pasados en París quizá sólo fueron imaginarios. Hacía diez días que no hablaba con uno solo de los amigos franceses, pero al parecer no lo echaba de menos. ¿Tenía ya la cabeza en Argentina? Generalmente, cuando trabajo en un texto, pienso en él todo el tiempo, sin poder olvidarlo ni siquiera bajo la ducha. Así había sido hasta la antevíspera, cuando me hallaba sumido en mi oda *La muerte de la ballena*. Aquella tarde me sentía ligero y vivo, como cuando a los diecisiete años iba a ver a María Abelarda con los bolsillos llenos de poemas garrapatados, en los que cantaba el porvenir dichoso que nos aguardaba. Una felicidad periclitada en la actualidad. Tal vez ser joven sea eso, esa disponibilidad forzada. Pero... ¡la presidencia de la República, nada menos! Para darme ánimos, me dije que lo más probable era que la historia terminara aquella misma noche, después de mi charla con Sigampa. Al día siguiente podría volver a sumergirme con mi ballena en las aguas profundas y claras de la poesía, conservando quinientos mil francos, y el tema para un folletín de política ficción. ¡No era poco en dos días para un poeta como yo!

Las verjas del jardín estaban abiertas, y todas las luces de la mansión encendidas. Al entrar, oí una música de guitarra, una «vidalita campesite» que llevaba sin oír desde los días de mi infancia. Era tocada por una mano vacilante, lo que añadía a la triste monotonía de la canción un algo de macabro. En el fondo de la sala de estar, Rosalyn Sigampa sostenía una guitarra casi tan grande como ella.

Con voz ronca de negra vieja, cantaba: «Yo tenía una chancha, vidalita, y cuatro chanchitos, vidalita...» Ariel Sigampa, o lo que quedaba de él, aparecía tieso sentado en una silla enfrente de ella. Seguí al mayordomo, que pasó entre ambos sin prestales atención. Nicanor me esperaba en su despacho en mangas de camisa, con aire gozoso y un cigarro entre los dientes. Descorchó una botella de champán francés y ambos bebimos a la salud de la Internacional Argentina.

—He sabido que hoy es su cumpleaños. He sido invitado a la recepción que sus padres dan mañana en su honor en el consulado de Uruguay.

—En realidad no es mi cumpleaños, pero mi madre ha decidido que sí.

—Las madres argentinas son las más tiranas del mundo! Yo mismo jamás me he atrevido a contradecir a la mía, y ya se habrá dado usted cuenta de que no siempre es fácil vivir con ella. Aquí donde me ve, tomo todas las noches un biberón antes de dormirme. Mi madre me lo da por su propia mano en la cama. Y créame que no hay nada que deseste más que la leche, ¡sobre todo tibial!

En la sala de estar contigua, Rosalyn Sigampa seguía con su vidalita interminable.

—Lleva una vida muy retirada; jamás la he oído dirigirla la palabra a nadie, salvo para cantar o para dar órdenes. Hasta los quince años no comprendí que era sorda. Mi propio padre se había casado con ella sin saberlo. Aunque es cierto que las gentes del campo argentino hablan poco, y se pasan toda su existencia sumidos en profundos silencios.

—Para la conversación mi madre es un torbellino. Pero también es una tirana. Perteneció a la generación de Eva Perón.

278

Le había interrumpido para que no continuara hablando de doña Rosalyn, personaje dramático que me inquietaba al máximo. No conseguía creer que pudiera tocar la guitarra para su marido sin darse cuenta de que estaba muerto; por otro lado, había hecho como que no me conocía, cuando de madrugada, a la hora de los barrenderos, había ido a mi casa a ofrecerme dinero. Ciertamente a su edad se suele desbaratar, pero detrás de su incoherente comportamiento hacia mí percibía una agresividad provocada, tal vez, por los celos. Nos instalamos en los dos sillones Knoll, que ya empezaban a parecerme familiares. La lluvia caía suavemente sobre la vidriera; yo encendí un habano.

—He decidido aceptar su propuesta —le dije de sopetón.

—¡Estraba seguro! ¡Por el futuro presidente de la República Argentina, Darío Coppi!

Se levantó. Yo creí mi deber hacer lo mismo. Nuestras copas entrechocaron. Aunque percibía lo ridículo de la situación, me dije que aquello no era más que el comienzo de una serie de situaciones ridículas a las que más valía que fuera acostumbrándome. Llamaron débilmente a la puerta; Nicanor fue a abrir. Una niña negra de unos cinco años, en pijama y con un oso de peluche tan grande como ella, hizo su entrada. «Papá rorró», dijo. Nicanor la tomó entre sus brazos.

—Teresita, la más pequeña de mis hijas.

—No sabía que estuviera casado.

—Soy viudo. Tengo tres hijas, de cuatro, cinco y seis años.

Una niñera paraguaya vino a buscar a Teresita; nosotros la besamos antes de dejarla ir. Creí que iría a contar-me cosas de su vida privada, pero no lo hizo. Volvimos a sentarnos en los sillones Knoll dorados, que me parecieron de pronto dos tronos irrisorios, como los de los dictadores extraterrestres de los cómics.

279

—En los próximos días le presentaré a nuestros principales amigos y colaboradores, que formarán el núcleo de su equipo preministerial. Por supuesto, podrá usted añadir a quien considere necesario. Pero, antes de conocerlos, le propongo una semana de conversaciones informales a fin de elaborar un manifiesto que sea nuestra declaración de guerra, por así decirlo. Dicho manifiesto será impreso en pergamino y distribuido a cada familia junto con un billere de cien dólares. Al mismo tiempo, convocaremos la formación de comités de barrio para la difusión de su doctrina.

—¿Mi doctrina? ¿Qué doctrina?

Sonrió con todos los dientes y fue a buscar un libro a su biblioteca. Me hundí en mi sillón Knoll por el impacto de la sorpresa: era mi primer libro, *El sol rojo de las pampas*, publicado en Argentina cuando tenía diecisiete años.

—¡No es posible! ¡No puede hacerme estor! ¡Es el único libro abominable que he escrito! ¡Era tan joven!

—Su modestia es propia de un genio, mi querido Copi. Lo quiera o no, este libro contiene en germen todas las bases de una revolución cultural y económica.

—¡Pero si en esa época me dedicaba a plagiar a todo el mundo! Escribía cualquier cosa con tal de escandalizar a la sociedad argentina. Era maoísta y surrealista, existencialista y anarquista. ¡Lo único que quería era hacerme notar!

—Al pintar un fresco de las bellezas naturales de nuestro país, particularmente cuando canta la odisea de los arponeros de ballenas, obligados a abandonar el mar de sus antepasados para ir a trabajar a las fábricas conserveras inglesas de migas de ballena, créame que se adelantó usted a la ecología al menos en veinte años ¡ya desde la primera página! Escuche esto: «De las entrañas de la tierra surgirá un líquido negro cuyo color glacial es también el del oro. ¡Petróleo! ¡Petróleo! El indígena estupefacto se baña en la

marea; no sabe aún que el futuro le pertenece.» Este poema preannuncia la extracción de nuestro petróleo paragón, cuya explotación, si llegamos al poder, se reservará sólo a los indígenas.

—Pero ¿no comprende usted que son bobadas de un joven pretencioso que quiere reformar el mundo con un libro de poemas?

—Muchos grandes libros han sido escritos por jóvenes pretenciosos, amigo mío, y el hecho de ser tan pretencioso hoy, nada quita a su pretenciosidad de ayer.

—¡Pero pensaba como un intelectual, no como un político!

—Todo es lo mismo. En la medida en que el político consigue a veces realizar sus sueños. Es lo más difícil de aceptar, pero es la aventura más extraordinaria que pueda ocurrirle a un hombre.

Había posado su gruesa mano sobre mi rodilla; yo sentía el tejido de mi pantalón húmedo de su transpiración. Él me miraba directamente a los ojos. Su manera de pronunciar las palabras me fascinaba y animaba, como cuando se escucha la oración de un mullah o un blues de Nueva Orleans.

—¡Ni siquiera me acuerdo ya de lo que dice el libro!

—Son órdenes informales que el joven visionario que usted era nos da para el porvenir.

—¡Todo esto me parece completamente ridículo! —Fui hasta la habitación contigua para observar de cerca la biblioteca. Se encontraba allí reunido todo lo que yo había publicado, hasta en las más oscuras revistas literarias de Latinoamérica.

—Conozco su obra de memoria y me muero de ganas de leer su nuevo manuscrito. Espero que sus funciones presidenciales le dejen tiempo para escribir. Conramos

con su imaginación, que será el motor de nuestra acción política.

—¿Nuestra acción política? He creído entender que no era usted solo, pero ¿quiénes son los otros, mi equipo preministerial y los que permanecen en la sombra, a los que quizá no conoceré jamás?

—No me interrogue de esa forma; ni le oculto ni le ocultaré jamás nada. Dicho equipo está formado por hombres de buena voluntad, exiliados o no, y deseosos de conducir a nuestro país a un futuro luminoso, pero imposibilitados, por una u otra razón, para hacer carrera política. Pertenecen a diferentes estratos, que van desde las altas finanzas al clero, pasando por el automovilismo deportivo, pero entre nosotros no figura ningún artista: sólo usted. Pensamos que así se sentiría más a gusto. Además, ¿por qué querer multiplicar los artistas, cuando tenemos un genio a nuestro alcance?

—Yo no soy un genio, señor Sigampa, y usted lo sabe tan bien como yo! —Arrojé al suelo algunos de mis libros—. Hubiera podido poner en mi lugar a cualquier otro intelectual, ¡todos tienen imaginación suficiente para salvar al mundo!

Dejó que transcurriera un rato antes de volver a colocar los libros en los estantes.

—Su imaginación ya me salvó la vida una vez —dijo con voz grave—. Usted no ignora que, como consecuencia de un accidente hípico, pasé numerosos años paralizado, habiendo perdido incluso las ganas de vivir. Hasta el día en que un primo mío me regaló uno de sus poemarios.

Abrió un volumen y acarició sus páginas.

—Si usted me ve hoy aquí, en pie, es gracias a este librito. —Y leyó con voz trémula—: «Oh, tú, oscuridad, levanta tu velo, y tú, hombre yacente, levántate al alba, para recoger los frutos de la imaginación!»

—¿Así que es de ahí de donde le ha venido la idea de que la imaginación hace milagros?

—Exactamente —dijo con voz seca y cortante, volviendo a colocar el libro en la estantería.

Comprendí que se sentía molesto por haber dado rienda suelta a su emotividad en mi presencia. El mismo cambió de conversación.

—Esperaba verlo en compañía de María Abelarda.

—La dejé en casa. Pasaré a recogerla dentro de un momento para la cena.

—¿Le ha hablado usted de nuestro proyecto?

—¡No, no quiero que me tome por loco! Escuche, Niñanor, estoy muy conmovido por la admiración que siente hacia mi obra..., pero no creo poder aceptar su proposición.

—Será usted más de una vez presa de la duda, mi querido Copi. Es lo propio del creador. Pero ya hemos hablado bastante esta noche. Lo dejo libre para ir a cenar con María Abelarda. Cítenos aquí mañana a la hora del almuerzo; quiero presentarle a algunos de mis amigos. Pero no olvide traer a su mujer. Haré que pasen a recogerles por su casa a mediodía. Y, en mi opinión, debería hablar de todo esto con María Abelarda, sin duda tendrá algunas ideas al respecto.

—¿Ideas? ¡No se trata de abrir una boutique de modas!

—Veo que ya tiene usted principios para la orientación de su movimiento —me dijo con una enorme sonrisa.

Rosalyn y Ariel Sigampa ya no estaban en el lugar que ocupaban hacía poco. Un sirviente que me aguardaba a la entrada me tendió un sobre. Era un cheque de un millón de francos, firmado por Rosalyn Faulkner de Sigampa. Yo se lo devolví y salí a la noche glacial.

Después de cenar en un restorán chino, María Abelarda quiso que la llevara a una boîte de la calle Monsieur-le-Prince, una boîte lo bastante oscura como para que las caricatures de su *lifting* pasaran desapercibidas. Nos sentamos en un rincón detrás de una planta verde.

—No conozco esta boîte —dije yo.

—Y sin embargo es famosa en el mundo entero.

Me di cuenta de que se trataba de un establecimiento argentino, porque se llamaba Tango Bravo. Escondido en un rincón, un viejo músico hacía vibrar su eterno bandoneón. Llevábamos sin bailar tango al menos veinte años y hablamos olvidado ya la mayoría de los pasos. Otra pareja bailaba al mismo tiempo que nosotros; en la penumbra pude reconocer a Miguelito Pérez Perkins y a Raula, la hija de Borges. Decididamente, los argentinos se encuentran siempre en los mismos lugares. Estábamos sentados en mesas vecinas, sólo separadas por la planta; la música cubría nuestra conversación. Bebíamos champán argentino, esta vez con burbujas. Yo sentía la necesidad imperiosa de contactásele todo a María Abelarda. Ella me escuchó atentamente, luego me acarició la mano, y finalmente soltó un suspiro.

—¡Presidente de Argentina! ¡Estoy orgullosa de ti!

—A decir verdad, no he hecho gran cosa. Todo ha sido fruto de una serie de azares.

—No es un azar que escribieras esos bellos poemas a la edad de diecisiete años. Recuerda que la prensa argentina te saludó como a un nuevo Rimbaud. ¡Yo siempre dije que eras un genio!

—Me decías eso cuando tenía diecisiete años. En este momento tenemos el doble y no soy nadie.

—¡Y vas a hacer ahora marcha atrás, después de haber trabajado toda la vida para darte a conocer? ¡Ponte derecho, un presidente de la República debe mantenerse siempre derecho! ¡Tienes que agarrarte firme y sostenerte hasta el fin!

—Pero ¿qué fin? Esta historia no tiene fin.

—Claro que sí. ¡Es ante todo una historia excitante! ¡La oportunidad de tu vida! ¡Puedes hacerte millonario, y luego lo dejás!

—¡Yo no puedo hacer eso! Si acepto es para dedicarme a ello toda la vida. Pero no por dinero, que lo volvería todo irrisorio. ¡Ésa será mi fuerza frente a ellos!

—¡Y pretendes contar conmigo para ser una especie de señora Gandhi argentina? ¿Por quién me has tomado?

—No te pido que te quedes conmigo toda la vida, sólo que hagas la comedia para que yo pueda llegar a la presidencia. Luego harás lo que quieras.

—¡Todo eso cuestra muy caro! ¡Tendré que hablar de ello con Nicanor! —dijo ella.

Desde nuestra infancia, mis conversaciones con María Abelarda habían girado siempre en torno al dinero. No podía soportar su lado avariento; cuando hablaba de dinero las aletas de su nariz palpitaban y su boca se torcía como la de un simio.

—Si quieres hacerte una idea de mis tarifas, has de saber que la cosa rondará los mil millones de dólares!

La abofeteé; su copa fue a estrellarse en la pista. Ella se quedó estupefacta. Era la primera vez que la abofeteaba en público. Miguelito Pérez Perkins, que había contemplado la escena desde lejos, se acercó para hablar con María Abelarda: «¿Bailas?» Se alejaron tanguendo por la pista. La hija de Borges me lanzaba miradas reprobatorias desde el otro lado de la planta; yo le saqué la lengua.

—Es usted la vergüenza de los argentinos de París! —gritó ella a través de la planta.

No podía creer que una mujer tan estúpida pudiera ser hija de Borges. Era poco más de medianoche, y la bofetada empezó a llenarse. El viejo bandoneonista fue suscitado por un viejo guitarrista y por una cantante aún más vieja; era la célebre pareja: Los Inmorales: la viuda de un compositor de renombre y su hijo, Hortensia y Jacinto Gusapo, a los que yo creía muertos desde hacía tiempo. El tango, que había vuelto a ponerse de moda en todo el mundo gracias a la nueva democracia pero estaba casi olvidado en Argentina, apelaba a sus antiguos combatientes para enviarlos como embajadores al extranjero. María Abelarda volvió a nuestra mesa y Miguelito a la suya.

—Miguelito Pérez Perkins ya sabía que eres el próximo candidato a la presidencia.

—¡Es imposible! ¿Cómo puede saberlo?

—Tu padre se lo cuenta a todo el mundo. ¡Estrá ya negociando los puestos clave de tu gobierno!

—Pero ¿cómo lo sabe?

—Ha debido verter con Sigampa y deducir el resto.

—¡Pero es absurdo!

—No tiene nada de absurdo, si lo piensas bien. Con tu pose de artista incomprendido, tienes verdadera cara de

primo: te harían comulgar con ruedas de molino. Hasta yo, si no te conociera, votaría por ti. Nicanor ha tenido buen olfato. ¡Eres el presidente ideal!

Hortensia Gusapo tomaba la palabra en el micro en aquel momento.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo.

Se oyeron algunos aplausos forzados.

—¡Quiero dedicar esta velada a la Internacional Argentina!

El público estalló en aplausos. Miguelito Pérez Perkins se acercó a nuestra mesa.

—Estoy tan avergonzado por haberme indispuesto contigo... —dijo.

—Oh, no pasa nada —repose condescendiente—. Entre antiguos compañeros de colegio...

Él me estrechó la mano, contento como un niño.

—¿Puedo permitirme invitar a mi prometida, Raula, a vuestra mesa?

—Estaríamos encantados —me vi obligado a decir.

Miguelito fue a buscar a Raula. Ella se dignó darme la mano con la punta de los dedos y pidió un cóctel de champán con lima.

—Raula y yo vamos a pasar nuestra luna de miel a

Grecia. ¿Conocéis Grecia?

—¡La adoro! —dijo María Abelarda.

Se pusieron a hablar sobre la belleza de las islas griegas.

Yo concentré mi atención en Hortensia Gusapo. Cantaba en ese momento «Volver», un viejo tango que cuenta la historia de un exiliado que vuelve a su país tras veinte años de ausencia, y no encuentra ya nada de sus recuerdos de infancia. ¿Adónde habían ido a parar mis recuerdos de infancia? Ciertamente existían, pero dispersos por el mundo, como trozos de un rompecabezas caídos sobre el suelo. Más

padres vivían en París, María Abelarda en Nueva York, mis hermanas en México, de mis amigos de juventud, unos estaban en California, otros en Italia, dos de ellos incluso en Japón... No paraban de moverse. Los que se habían quedado en Buenos Aires, en cambio, me resultaban menos familiares. Los vela de tanto en tanto durante sus breves estancias en París, casados con mujeres dominantes, gordos, calvos, eternos perritos falderos de sus señoras por las escaleras mecánicas de los aeropuertos y los grandes almacenes, hablando con voz aflautada de la coitización del dólar, y fingiendo ignorarlo todo del régimen militar y de las autocracias que ensangrentaron el país. Y en el extranjero, formando parte del grueso de las tropas que Nicanor Sigampa designaba con el nombre de Internacional Argentina, estábamos nosotros, que habíamos huido no de la dictadura militar, sino de todo lo que hacía posible su existencia en la sociedad argentina: la hipocresía católica, la corrupción administrativa, el machismo, la fobia homosexual, la omnipresente censura hacia todo... Pero supongo que esas categorías pertenecen al pasado; ya no quedan más que, por un lado, las ratas que abandonaron el barco, y por otro, los borregos que sufrieron la cólera del capitán, todos somos por primera vez un poco iguales. «Volver con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien», cantaba Hortensia Gusapo. Volvíamos todos con la frente marchita, incluso aquellos que literalmente habían velado nuestra juventud. Éramos todos como niños viejos que intentarían reinventar Argentina. Dándole decididamente la espalda a la juventud. Me dije que era absolutamente preciso incluir algunos jóvenes en mi gabinete ministerial. Nombraría ministro de Cultura a un muchacho de quince años, o mejor a una hermosa chica. Pero no seré jamás presidente de nada, y mucho menos de Argentina. Yo no sirvo más que

para soñar y poner cierta pasión en mis escritos, pero carezco de toda idea práctica. Además, me da miedo. Y, en el mejor de los casos, si todo llegara a ir bien, verdaderamente bien, me aburriría como una ostra.

—¿En qué está pensando?—me preguntó Raula Borges.

—En el destino. ¿Cree usted en él? Siendo hija de Borges, debería creer en él.

Me miró por el rabillo del ojo, desconfiada.

—Es usted un misógino! Lo comprendí desde el primer momento en que le vi. Su madre me lo ha confirmado. ¡Y le vi abofetear a María Abelarda!

—Estamos divorciados, pero a ella le gusta.

—Oír decir que se presenta como candidato a las próximas elecciones. ¡Si es así, fundaré un partido feminista para oponerme a usted! ¡Y créame que cuento con numerosos apoyos! No es un intelectual como usted lo que el país necesita, sino una mujer honesta y eficaz, y a poder ser hija de un intelectual.

—Veo que ha calculado bien el golpe. Le deseo mucha suerte. Estaré muy contento de que ocupe usted la presidencia en mi lugar. Pero me temo que no seremos los únicos candidatos.

María Abelarda y Miguelito hablaban de la posibilidad de alquilar un coche en Grecia.

—Es precioso —decía María Abelarda—, pero las playas son minúsculas, nada que ver con nuestras playas de Sudamérica.

Algunas parejas bailaban el tango. «Sentir que es un soplo la vida, que veinte años no es nada...» Yo también era un personaje de tango, y tal vez de los más típicos, de los que estando «anclados en París» viven en el corazón de Buenos Aires. Me levanté de la mesa para sacar a bailar a una rubia que parecía indecisa junto a la barra. Ella acep-

tó, como en el tango. Bailaba bien, aunque, oh sorpresa, tenía las piernas excepcionalmente cortas. Me dejé conducir por ella con gracia.

—¿Estrá sola?

—Tengo una cita con un director de teatro argentino, pero se está retrasando.

—¿Es usted actriz?

—¿Acaso no se me nota?

Las mujeres argentinas, siempre a la defensiva.

—¿En qué tendería que notarse?

El tango tocaba a su fin; intenté retenerla, pero su director de teatro llegaba en aquel momento. Volví a la mesa, donde seguía hablándose de Grecia.

Me pregunté qué estaba haciendo allí. Desde la primera conversación con Nicánor empezaba a sentirme extraño en todas las situaciones en que me encontraba; y los demás debían darse cuenta, puesto que me trataban con una hostilidad apenas disimulada. ¿Qué hacía yo en aquella mesa con aquella pareja de imbéciles? ¿Y María Abelarda, la única mujer a la que había amado y a la que no conseguía soportar ahora que se había metamorfoseado en una matrona? Vela ciertamente reflejada en ella mi propia cuarentena bien cumplida y mi propia turbación existencial. Ya no podía soportar a nadie, ni nadie podía soportarme a mí. Imaginaba la presidencia de la República como la única escapatoria a mi soledad. Al menos allí habría que ya no tenía necesidad de nadie; nadie me amaría y me estimaría por mí mismo, y me convertiría en un extraño para mí y para los otros. A decir verdad, me sentía más tentado por el lado dramático del poder que por su lado gozoso; sería sin duda un presidente triste.

Un camarero vestido de gaucho vino a traerme una tarjeta de bordes dorados: «Preciso verle con toda urgencia. Nicánor». Abandoné la mesa sin avisar y dejé en el guardapropia una nota para María Abelarda, rogándole que volviera a casa sin mí. La limusina de Nicánor aguardaba fuera. Una vez en la calle, tuve la impresión de pisar tierra por primera vez, hasta tal punto la tranquilidad y el orden que allí reinaban me tranquilizaron. Era la última vez que ponía los pies en una boíte nocturna. Me sentaba fatal.

Rodamos en silencio por la orilla del Sena y me extasié como siempre contemplando el puente de Alejandro III bajo el cielo estrellado. Echaré terriblemente de menos París, me será difícil soportar la vida lejos de aquí. Lo más prudente era cambiar mi puesto de presidente por el de embajador en París, pero dudaba mucho que Nicánor estuviera de acuerdo. Empezaba a irritarme, era preciso que perdiera la costumbre de convocarme a cualquier hora del día o de la noche. Además, ¿cómo había sabido que me encontraba en Tango Bravo? ¡Hacía que me siguieran! Me volví y vi otra limusina conducida por otro paraguayo. Estaba siendo pues continuamente vigilado, y Dios sabía desde cuándo. Hubiera podido poner el coche a mi disposición, eso me habría ahorrrado bastante dinero en taxis; no dejaría de decirselo. Tal vez hubiera debido decirle a María Abelarda adónde iba, aunque ciertamente no tenía nada que temer. Y sin embargo aquella entrevista a las dos de la mañana no resultaba normal.

En la mansión de Nicánor, esta vez sólo se hallaban encendidas las ventanas de su despacho. Estaba tendido sobre un canapé, como siempre en mangas de camisa. La pernera de su pantalón, desgarrada hasta el muslo, dejaba ver un vendaje manchado de sangre en torno a la pantorrilla. Dos sirvientes paraguayos estaban a su lado.

—Me han disparado —dijo en tono bastante tranquilo. Yo me dejé caer sobre un taburete. Uno de los criados me tendió un vaso de whisky, que apuré de un trago.

—Varias personas quieren mi piel. Y no suelo tomar las suficientes precauciones. Usted también debe tener cuidado. A partir de ahora llevará guardaespaldas.

Ordenó a los criados que nos dejaran solos.

—¿No ha llamado usted a un médico?

—Mi madre me extrajo la bala con ayuda de unas pinzas. —Sonrió débilmente—. Está acostumbrada. Ya sabe, son cosas que pasan frecuentemente en el campo argentino.

—¿Y dónde ocurrió?

—En el jardín. Todas las noches salgo hacia la medianoche a pasear a mis perros. Me dispararon desde la acera; tuve suerte de poder esconderme detrás de una estatua de Diana Cazadora, que saltó hecha pedazos. Subieron a un coche y salieron a toda velocidad, sin que me diera tiempo de tomarles la matrícula. Alertada por los vecinos, vino la policía; mi madre los recibió, y les explicó que habíamos tirado unos petardos. La cosa no pasó de ahí. Pero no lo he hecho venir para contarle mis desgracias. ¿Es usted capaz de memorizar un número de diez cifras?

—Tal vez, pero preferiría no intentarlo. No me gusta en absoluto esta historia. ¡Nicanor, creo que debería llamar a la policía y dejarla hacer su trabajo!

—¿Ni hablar! ¿Es usted capaz o no de memorizar un número de diez cifras?

—Supongo que debe de corresponder a alguna caja fuerte, ¿no?

—Sí, se trata de la caja fuerte que puede usted ver al lado de la biblioteca. Si algo llega a ocurrirme, mi madre guardará la caja, pero desconoce la combinación.

—¿Y qué contiene la caja?

292

—En su interior encontrará las instrucciones.

—¡Francamente, Nicanor, me gustaría que confiara esta tarea a cualquier otro!

—No, no confío en nadie. Ahí va el número.

—¡No, no me lo diga, no quiero oírlo!

—Es muy fácil.

—No importa. Seguro que lo olvidaré.

—No puede olvidarlo. Es 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9.

—¡No debería habérmelo dicho! ¡A pesar del estado en que se encuentra, estoy muy enfadado con usted! ¡Ha llegado el momento de decirselo: ¡renuncio a la candidatura a la presidencial!

—Mañana volveremos a hablar de eso, ahora debo descansar. ¡Y no olvide que tenemos una cita para comer!

Abandoné su despacho pegando un portazo. Me disponía ya a atravesar la sala de estar cuando sentí que me agarraban por el puño. Era doña Rosalyn, con su eterno vestido negro hasta los tobillos.

—¡Tome! —me dijo, tendiéndome con mano temblorosa una bala de fusil.

Yo quise continuar mi camino, pero ella me llamó.

—¡No se vaya!

Permaneció un rato inmóvil, con sus ojos fijos en los míos.

—¡Le odio! —exclamó.

Sacó de su bocamanga un frasco cuyo contenido vertió sobre el suelo; luego golpeó con su botín varias veces el frasco. Yo seguí mi camino. Mientras me ponía el abrigo la oí murmurar una especie de lamento cuyas palabras no pude entender, sin duda algún conjuro dicho en mi honor.

Volví a casa escoltado por dos guardaespaldas, uno sentado delante y otro a mi lado. No se les veían las ar-

293

mas, seguramente las llevaban ocultas bajo el brazo. Quise encender un cigarrillo, pero la mano me temblaba demasado; uno de los guardaespaldas se encargó de encenderme lo.

En casa se oía ruido de conversación desde el hueco de la escalera. Al entrar yo se hizo el silencio. En el salón se encontraban María Abelarda, Raula Borges, Miguelito Pérez Perkins y Juan José Pérez Sanchulo, el embajador de Argentina.

—¿Quiénes son esos señores?—preguntó María Abelarda.

—Mis guardaespaldas.

—¡A la cocina de inmediato!—ordenó ella.

Los guardaespaldas se eclipsaron y casi al mismo tiempo el embajador se arrojó a mis pies, rodeándome las piernas con sus brazos hasta casi hacerme perder el equilibrio.

—¡Gracias, mil gracias, cuatro mil millones de veces gracias!

—Esta noche ha recibido un cheque de cuatro mil millones de dólares firmado por Sigampa—precisó Miguelito. Ayudamos al embajador, que lloraba y rela, a ponerse de pie.

—¡Estoy salvado! ¡El presidente Alfonsín me ha telefonado personalmente y en agradecimiento el gobierno argentino me releva de mi puesto de embajador! ¡Y se lo debo a usted!

—En absoluto. Ni siquiera he hablado de ello con Sigampa. Es una decisión totalmente suya.

—¡Hace cuarenta años que espero la ocasión de hacer una salida honorable del cuerpo diplomático! En este mismo momento lo mando todo a paseo, me divorcio y me voy a vivir a una isleta que he comprado al norte de Río, a escondidas de mi mujer. ¡Pasaré allí el resto de mis días con mi amado puma! ¡Y todo gracias a usted, mi querido Copi!

Dos disparos resonaron en la cocina; primero sufrimos un sobresalto, para quedarnos luego congelados en el sitio. Los dos guardaespaldas entraron en el salón. Tan pronto empezaron a hablar perdieron todo su empaque de gángsters de Chicago para convertirse en simples peones que se dirigían a su capataz.

—No ha sido nada, patroncito—dijo el más bajo, con la pistola humeante aún en la mano.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué disparasteis, entonces?

—Un puma había entrado en la cocina, ¡pero lo abarimos! Y se pusieron a reír como idiotas.

El embajador se precipitó hacia la cocina y nosotros tras él. En medio de un charco de sangre, el puma lanzaba sus últimos rugidos. Tuvo un espasmo, se puso a agitar frenéticamente las patas, se arqueó y se quedó tieso. El embajador se arrojó sobre el cuerpo.

—¡Retardo, amor mío! ¡No me abandones precisamente hoy! ¡Al fin somos libres!

El espectáculo de aquel anciano sollozante, abrazado al puma muerto, con el bigote y la camisa teñidos de sangre, me revolvió las tripas. La hija de Borges se lanzó sobre los guardaespaldas y comenzó a darles puñetazos, patadas y bofetadas. Ellos no hicieron nada por defenderse; cuanto más los golpeaba, más se doblaban ellos cubriéndose la nuca con las manos.

—¡Asesinos!—vociferaba Raula—. ¡Voy a publicar en los periódicos argentinos que los guardaespaldas de Sigampa se pasean por París buscando fieras a las que abatir! ¿Creéis que estáis en vuestro país, donde la vida de un puma no vale nada?

—Perdón, patroncita—gemían los guardaespaldas.

Migueltito intentaba ayudar al embajador a ponerse en pie. Yo tomé a María Abelarda del brazo, fuimos a buscar nuestros abrigos y salimos del apartamento.

—¡Vámonos a dormir a un hotel, no aguanto más!

La limusina de Sigampa, con su chófer, se hallaba delante de la puerta.

—Al hotel George V —ordenó María Abelarda.

—¡Estrás loca, es demasiado caro! —protesté yo.

—¡Nada es demasiado caro para ti! ¡Es preciso que te habitúes a gastar el máximo de dinero en toda ocasión y bajo cualquier pretexto! ¡Y nada de discutir! ¡Soy yo quien maneja la plata! ¡Si me hubiera ocupado de administrar tu dinero, no estarías en la miseria en que te encuentras!

Esta reflexión estaba de más, pero tomé la decisión de callarme. En el George V, con el que María Abelarda tenía ciertas familiaridades por haberse alojado allí con sus distintos maridos, tomamos una suite de tres piezas.

—Nuestra habitación, tu despacho y mi vestidor —dijo María Abelarda.

En el hotel, me di cuenta de inmediato de que María Abelarda se encontraba en su medio natural. Su vestido de satén rosa ribeteado de visón y su quincallería de collares de plástico mezclados con esmeraldas auténticas se revelaban, en el vestíbulo de aquel gran hotel, como el colmo de la elegancia, mientras que en los ambientes de artistas peñoburgueses a los que yo solía llevarla parecía más bien un adorno navideño. Me metí en una bañera inmensa, llena de espuma de color malva, mientras María Abelarda hacía subir la cena.

—¿Sirven la cena a cualquier hora en este hotel?

—¡Mira que eres curre!

Se sentó en el borde de la bañera y se puso a masajearme la espalda.

296

—Dispararon contra Sigampa —le dije, y le conté la historia.

Salí de la bañera y me envolví en el enorme albornoz de felpa malva del hotel, en el mismo momento en que un camarero llegaba con la cena, consumé y dos chuletas de buey empanadas.

—Después de nuestra cena en el restorán chino, estaba muerta de hambre —suspiró María Abelarda, antes de precipitarse sobre la carne, como todos los argentinos. Luego empezó a interesarse por mi historia.

—¡Así que la vieja doña Rosalyn te dio la bala extralda de la pierna de Nicanor? ¡Y te la guardaste?

Fui a buscarla en mi bolsillo.

—Esta bala jamás fue disparada.

—¿Crees que se trata de un montaje? ¿Que la sangre del vendaje de Nicanor era tinta roja?

—Evidentemente.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, resulta difícil saberlo. Pero pienso que..., no, es demasiado tonto.

—¿Qué es lo que piensas?

—Bueno, hace todo lo que puede por confundirte. Juega a seducirte, como los niños. Tú lo fascinas.

—Soy más bien yo quien está fascinado por él.

—Te equivocas. Está dispuesto a satisfacer todos tus deseos, incluso los que no expresas.

—¡Debes de conocerlo mejor que yo!

—Conozco a los hombres mejor que tú. Se está entregando a una danza de seducción en tu honor. Los hombres enamorados actúan así, son como los chimpancés. Te está cubriendo de regalos, ¡y su regalo de bodas será la presidencia de la República!

—¡Estrás loca! ¿Crees que es homosexual?

297

—Los hombres no tenéis necesidad de ser homosexuales para enamoraros unos de otros —declaró con desprecio—, ¡en realidad es lo único que os gusta! ¡Confiesa que te encanta tener encandilado a un negro tan guapo como él!

—¡Eres indecente!

Eran las seis de la mañana; fuimos a acostarnos en un gran lecho de color malva. Nos besamos como dos niños y nos dormimos.

7

Cuando me desperté, María Abelarda ya había hecho traer todas mis cosas de mi apartamento, incluidos mis manuscritos. Iba vestida con un sobrio traje sastré azul, y sus cabellos, bien estirados, aparecían recogidos en un moño sobre la nuca, un poco al estilo de Eva Perón. El único detalle excéntrico eran las gafas negras, bordadas de diamantes, con que pretendía ocultar las huellas de su *lifing*, por lo demás ya casi borradas. Me puso delante un topacio tallado en forma de una de esas botellitas de licor que sirven en los aviones.

—Mira la sortija que me has regalado esta mañana, querido.

—¡Estrás local! ¡Cuánto te ha costado!

—La he cargado en tu cuenta en recepción. Es Nicenor quien paga. A propósito, lo he llamado esta mañana para informarme de su estado de salud; se encuentra cada vez mejor. Estaba dando un paseo por el jardín con su madre, sus hijas y sus perros, y te manda un beso.

Me levanté para tomar el desayuno en un servicio de té de plata, digno de todo un presidente de la República.

—¿Sabías que tiene tres hijas?

—Por supuesto, yo conocía a su mujer.

María Abelarda conocía a todo el mundo.

—Pertenece a la aristocracia negra de Filadelfia, a la familia de doña Rosalyn. Era una muchacha muy bien educada y muy tonta. Desapareció de la noche a la mañana; me dijeron que había muerto en un accidente de caza en la estancia.

—Me da la impresión de que en esa familia están acosados a los disparos.

—Es cierto, hasta el viejo don Ariel, cuyo cuerpo guardan embalsamado, murió por arma de fuego. Se suicidó sin razón aparente.

—Es fácil de entender, si estaba casado con doña Rosalyn!

En aquel momento sonó el teléfono.

—Es tu padre.

—Papá! ¿Cómo sabías que me encontraba en el George V?

—Conozco a los receptionistas de todos los grandes hoteles—dijo mi padre riendo—. Subarriendo las habitaciones del consulado a los extranjeros que quieren escapar durante algunas horas de sus esposas legítimas.

—Me dijeron que alquilabas los pisos del consulado a un sex center para diplomáticos, pero no quise creerlo. ¿Sabes que puedes ir a la cárcel?

—¡Pamplinas! ¡En mi vida he hecho cosas muchísimo peores y nunca he ido a parar a la cárcel salvo por razones políticas! Yo sé muy bien cómo manejarme; ¡no soy un imbécil como tú, que se deja embaucar por el primer negro vestido de príncipe de Gales que le promete la presidencia de la República!

—¡No vas a convencerme con tus ideas racistas, papá!

—¿Sabes al menos quién lo financiará?

—Es uno de los hombres más ricos del mundo, ¡no tiene necesidad de promotores!

—¡Eso es falso! Su padre se suicidó porque estaba en la miseria, arruinado por los militares. Hace tres años, Nicanor Sigampa se arrastraba de consulado en consulado, buscando empleo como ayuda de cámara. ¡Así es como yo le conocí!

—Te lo estás inventando, papá.

—Puedes preguntarle a tu madre, ya sabes que nunca miente.

—Entonces, ¿de dónde viene su fortuna?

—De los rusos!

—¡Eso es imposible! Si al menos me dijeras que de los americanos, podría creerme, ¡pero los rusos!

—¿Tú crees que los americanos están tan locos como para financiar un poder negro en América Latina? ¡Te digo que son los rusos! Se encuentra una vez por semana con el embajador ruso en uno de los paseos del Bois de Boulogne, adonde ambos van a montar a caballo. A veces se pasan hablando hasta dos horas seguidas; y con frecuencia intercambian papeles y valijas. ¡Hasta el Quai d'Orsay y el FBI se huelen algo!

—¿Y a ti quién te fue con el cuento?

—Un travesti que trabaja en uno de los paseos transversales del Bois de Boulogne; es hijo de nuestros porteros brasileños.

—¿Y crees que voy a hacer caso a un travesti del Bois de Boulogne?

—¡Podrías al menos hacerme caso a mí una vez en la vida, cabeza de mula! ¡Has caído en el escándalo del siglo porque eres un cretino, y vas a provocar una guerra mundial porque eres un cretino! Y ahora escucha bien lo que voy a decirte: ¡no cedas en el asunto de los armamentos!

Lo primero que querrán hacer es instalar en Argentina las armas atómicas que les prohíben instalar en Europa. ¡Y eso los americanos no van a tolerarlo! ¡Acuérdate de Cuba!

—¡Papá, ya no estamos en ésa!

Levanté los ojos y vi a mi madre, que habla entrado en nuestra suite sin avisar.

—¿Es tu padre? —Me quitó el auricular—. Alló, querido, ya te dije que no te pasaras el día colgado del teléfono cuando tienes que organizar aún la recepción de esta noche. ¿Conseguiste la cubretería de plata de la embajada de Colombia, la que habían alquilado a la embajada de Chile? Y, por favor, ¡vigila que no ascen las vacas bajo las ventanas de mis habitaciones como la última vez! ¡Y no quiero volver a las cinco y encontrarme a todo el personal borracho perdido!

Colgó y se volvió hacia mí.

—Me puse el mismo traje sastre que llevaba el día de tu bautizo. ¡Feliz cumpleaños, querido! ¡Mira lo que me compré en el vestíbulo del hotel en tu honor!

Llevaba la misma sortija con un topacio engastado que María Abelarda acababa de mostrarme. Se hablan comprado dos sortijas idénticas, y ambas con mi dinero. No me había dado cuenta hasta entonces de cuánto se parecen mi madre y María Abelarda, parecido que se acentuaba con los años. Ambas mostraban su ira de idéntica manera.

—¡El joyero me juró que el topacio era único!

—¡A mí me dijo lo mismo! ¿Cuánto pagaste tú?

—¡Un millón de francos!

—¡Pues yo el doble!

Se fueron a armarme un escándalo a dúo al joyero del hotel y a devolver los topacios, cuyo importe pensaban sin duda quedarse.

Bajo la ducha me pregunté lo que podía haber de cierto en las informaciones extradiplomáticas de mi padre. Era un viejo zorro de la política, más o menos retirado en un consulado ficticio, pero que seguía soñando, como todos los argentinos, en llegar a presidente de la República. Y la elección del azar había recaído en mí. Lo que yo consideraba algo accidental en nuestra relación, había agudizado la competencia que siempre había manifestado hacia mí, y que mi madre había seguido atizando a lo largo de los años. Esperaba probablemente que lo llamara en mi socorro, o que, al menos, le ofreciera un puesto de consejero en mi gabinete; de ahí su cólera de esa mañana. Pero ¿y si tenía razón?, ¿y si realmente los rusos estaban de por medio? La reciente democracia argentina abría unas vías distintas de actuación sobre el país, distintas de las habituales con las dictaduras. Un presidente militar puede comprarse en cualquier momento, pero a un presidente civil se lo compra mucho antes y de antemano. Tendría que mantener una seria discusión con mi padre durante la recepción de esa noche; no quería que se imaginara que iba a desempeñar el menor papel en mi gobierno, ni a sacar el menor provecho de mi situación. Era preciso que los miembros de mi familia se esforzaran por tener las manos limpias; un escándalo de este tipo podía manchar peligrosamente mi respetabilidad, y la historia reciente de Argentina ofrece numerosos ejemplos.

Al salir del cuarto de baño me encontré a María Abelarda y a mi madre bebiendo alegremente dry martinis en compañía de Miguelito Pérez Perkins.

—Tu agregado diplomático es encantador —me dijo mi madre.

—¿Qué agregado diplomático?

—Soy yo —dijo Miguelito balbuceando—. Recibí perso-

nalmente, por teléfono, el encargo del presidente Alfonsín de no abandonarte ni a sol ni a sombra, quiero decir, ponerme a tu disposición día y noche.

—¡Ni hablar! ¡Dile a tu presidente que no acepto ningún espía a mi lado y que soy perfectamente capaz de defenderme solo!

—¡Lo dudo, porque ni siquiera vas armado!

—¿Armado? ¿Acaso tú lo estás?

Sacó de su bolsillo una pistola blanca de cachas nacaradas.

—Una pistola de mujer. ¡Mira que eres ridículo!

—Es la pistola de Raula.

—Dame eso —dijo María Abelarda, apoderándose del arma, que se guardó rápidamente en el bolso—. Puede sernos útil.

Miguelito protestó levemente.

—Y puedes decirle al presidente Alfonsín —añadió— que si me cree capaz de traicionar los intereses de mi país, no merece que lo ponga al corriente de nada! Si me dejas en paz, prometo hacerte un resumen diario de mis conversaciones con Sigampa, dado que nada tengo que ocultar a nadie. ¡Pero a condición de no verte arrastrándote detrás de mí, jesuita de mierda!

—Vamos, querubín mío, cálmate —protestó mi madre.

—Y le dices también a tu presidente que si un día me mudo con él, no será valiéndome de intermediarios fantoches como tú, ¡sino por medio de las urnas! ¡Y ahora pudes irte!

—Eres severo con este joven, que lo único que quiere es protegerte —dijo con autoridad mi madre—. Mi querido Miguelito, no le haga caso a mi hijo, ¡la política se le ha subido a la cabeza! Adoro su mechón y su bigote, le dan un aire tan argentino... Le prometo abrir el baile con us-

ted en la recepción de esta noche. Estoy segura de que es un bailarín de tango excepcional, se le ve en sus ojos de terciopelo.

Mi madre acarició el mechón de Miguelito; él se dejó caer en el sillón, como era su costumbre.

—¡Pero perderé mi puesto de agregado cultural!

—¡Sólo tienes que decir que me sigues todo el tiempo!

—¡Sabrán que es falso, puesto que también a mí me siguen!

María Abelarda intervino a su favor.

—Que se quede con nosotros, siempre puede sernos útil.

—¡Oh, gracias, mil veces gracias! —dijo Miguelito, con lágrimas en los ojos.

La facilidad con que aquel hombre —que tenía mi edad, y era además ex compañero de colegio— se ponía a temblar ante mis bravatas me chocó, del mismo modo que el día anterior las lágrimas del embajador. Era preciso cuidar mis cambios de humor en público. En la posición privilegiada que me otorgaba mi nueva situación, esos cambios de humor podrían ser interpretados por la prensa argentina —que está controlada por psicoanalistas— como crisis paranoides de un directivo loco. Intenté, pues, ser amable con el pobre Miguelito.

—¿Y cómo va nuestro querido embajador tras la desaparición de su puma?

—¡También él desapareció! —dijo Miguelito, desahuciándose en llanto—. Durante la noche penetró en la cámara frigorífica de la embajada y se encerró dentro. Lo encontraron entre los cuartos de buey (la comida del puma para todo el mes), con la cabeza metida en un cráneo de vaca, lo que le daba el aspecto de llevar una máscara real.

—¡Qué horror! —gritamos todos a coro.

—Las autoridades no han entendido su gesto, sobre todo después de haber conseguido cuatro mil millones de dólares para las arcas del Estado. Por eso me han pedido que te vigile de cerca: no creen en la tesis del suicidio. Y yo tampoco creería, si no fuera porque ha dejado una carta escrita de su puño y letra a tu atención. El embajador se la llevó consigo a la cámara frigorífica. Las autoridades francesas que llevaron a cabo las investigaciones me permitieron hacértela llegar. Debes conservar esa carta, o dársela a un abogado; es una pieza de convicción.

Me alargó con dedos temblorosos un pedazo de kleenex azul cielo, húmedo, sobre el que había garabateadas unas cuantas frases. La mayor parte de las palabras resultaban ininteligibles, pero pude reconstruir sin dificultad una de mis antiguas odas, *La aurora boreal en la Era Glacial*.

La blancura immaculada de la fría banquisa
tremola un momento y después se quiebra;
huevo planetario y único, la mar congelada
deja pasar un ser a la superficie.

Este ser descubre el aire y la luz del día.
La libertad ha nacido. Y era tu ancestro,
el Embajador de los Hielos.

No comprendía dónde podía esconder aquel execrable poema el menor mensaje, como no fuera la vaga relación entre el congelador y la banquisa; y a menos que el embajador se identificara con el embajador de los hielos, noción por lo demás muy vaga. El hecho de que un poema inofensivo mío se hallara en cierto modo entremezclado con el suicidio de aquel anciano me trastornó. Jamás hubiera imaginado que mi obra pudiera ejercer semejante

poder, y sobre tales personas. Hasta entonces mi público, hay que confesarlo, estaba formado por unas dos mil institutrices ilustradas de América Latina y un parecido número de intelectuales franceses mal informados, pero nunca por hombres de acción o políticos, impermeables en general a este género de literatura, que suelen considerar decadente. ¿Y si el interés que el poeta tiene por las aspiraciones humanas más profundas (en definitiva, lo que suele llamarse la inspiración del artista) fuera ni más ni menos que el faro que guía a los hombres de buena voluntad desde la noche de los tiempos? Pero ¿quién podría medir el peligro de un mensaje tan confuso? ¿Y por qué estos verosos, que yo consideraba llenos de un mensaje de vida, habían sido las últimas palabras de un suicida? Vía la necesidad de publicar sin tardanza un manual donde quedara públicamente expresada la interpretación de mis principales textos disponibles, si no quería verme acusado de los peores crímenes, desde el suicidio de particulares hasta el asesinato masivo de colonos ingleses en el sur argentino. Era algo urgente, mucho más urgente que el manifiesto.

—La dejamos para ir a comer a casa de los Sigampa, querida suegra —dijo María Abelar, besándola a la argentina, en una sola mejilla.

—Y yo me voy corriendo a casa de mi vidente, que llevo tarde. Tengo muchas cosas que preguntarle sobre ti, hijo mío. La verdad es que nunca predijo que serías presidente, pero sí que morirías de muerte violenta. Hoy dispongo de suficientes pruebas para convencerla de lo contrario. Me juró que me casaría con un hombre más joven que yo, con bigote y mechón, pero no me creo una palabra. ¡Sobre todo teniendo en cuenta que tu padre sigue con vida! Pero ¿no es usted Miguel Pérez Perkins, el muchacho que va a casarse con Raula Borges?

—Sí, señora.

—¡Apresúrate, mamá!

Ella siguió hablando sin cesar por todo el pasillo y en el ascensor.

—Yo conocí a la madre de Raula. Jamás me hubiera imaginado que mantuviera la menor relación con Borges, aunque como el pobre estaba ciego... Era una mujer adorable y entregada que se apellidaba algo así como Rodrigues, probablemente María Rodrigues, y trabajaba como mujer de la limpieza en la Biblioteca Nacional. Era ella la que se subía a las escaleras para buscarle al viejo Borges los libros que consultaba para redactar sus plagios. A la pequeña Raula, su prometida, la conocí saltando a la comba entre las estanterías de la biblioteca. Tenía entonces no más de seis años. Era una chiquilla encantadora que, al tiempo que saltaba, era capaz de recitar el alfabeto chino o el Corán, sin equivocarse ni en una coma. Llamaba a Borges «el Divino», pero yo creía que era la hija del guardián de la Biblioteca.

—Raula sigue siendo capaz de recitar el Corán y el alfabeto chino —dijo orgulloso Miguelito—, así como muchas otras cosas que aprendió después.

—¡Vaya, amigo mío, pues con semejante mujer no necesita usted televisión!

Al salir del ascensor me vi cegado por los flashes. Acostumbrada a los fotógrafos, María Abelarda se colgó de mi brazo y sonrió de oreja a oreja. Mi madre hizo otro tanto colgada del brazo de Miguelito. Llegados a la calle, nos metimos en nuestra limusina, dejando a mi madre en la acera. Permaneció allí un buen rato lanzándonos besos, mientras era ametrallada por los dos eternos fotógrafos de la prensa argentina.

No lograba desprenderme de la imagen del embajador

tocado con un cráneo de vaca en la cámara frigorífica. Un sudor frío me cubrió la frente; me acordé de uno de mis sonetos en el que un minotauro se pierde en un laberinto de hielo, cuyos muros se cierran sobre él. Y me dije que era el momento de abandonar la partida.

Después de un asado regado con excelente vino de Mendoza, seguimos sentados a la mesa del inmenso comedor de la mansión de Nicanor, rodeados de plantas pamperas.

A lo largo de la comida, mis dudas sobre Sigampa se fueron disipando una a una, comenzando por su alianza con los rusos, dado que el embajador ruso en persona estaba presente. Era un hombre encantador y muy distinguido. Poseía una asombrosa voz de bajo y nos cantó el himno nacional argentino a la hora del champán y el dulce de membrillo. Fue el primero en presentarme sus condolencias por la muerte de nuestro embajador, al que tenía en gran estima.

—El querido embajador! —suspiró—. Nos encontramos siempre en los países para animales domésticos que la embajadora china da en cada estación, partes muy concurridos por el mundo diplomático. Mientras que la mayor parte de los invitados venían con sus lebreles o sus gatos de angora, nuestro embajador llegaba con su puma, al que todo el mundo temía porque se había zampado al pekinés de la embajadora.

Rió largamente con su tono de bajo, al recordar al pobre desaparecido. Yo le relaté la muerte no menos trágica de Petardo, ocurrida la víspera en mi apartamento. Y el embajador ruso quedó consternado.

—Y yo que he dejado a mi oso en el coche... ¡Espero que los guardaespaldas de Sigampa no cometan el mismo error que ayer!

Me invitó a uno de los paseos a caballo que todos los domingos daba por el Bois de Boulogne en compañía de Nicanor, uno para hacer correr a sus perros y el otro a su oso. María Abelarda se apresuró a aceptar en mi lugar.

El embajador Zhivago (primo del otro, al parecer) nos aseguró que era tradicional entre los embajadores acreditados en París (y eso ya desde los tiempos del Imperio) adoptar como mascota a un ejemplar del animal más representativo de su país; ésa era la razón de que él poseyera un oso, del mismo modo que nuestro embajador tenía un puma, el de Marruecos un camello y el de Estados Unidos un bisonte. Lo más fastidioso en los países para animales era que el embajador de la India venía con su elefante, y el del Brasil aparecía con una anaconda siempre dispuesta a devorar a la mascota del país vecino.

—Cuando lleguemos al poder —me apresuré a decir—, reemplazaremos en las tradiciones diplomáticas argentinas el puma por el caballo, que es un animal más noble y más representativo de nuestro país.

—Eso es imposible! —me interrumpió Igor Zhivago—. ¡El caballo pertenece al embajador de la Pérfida Albión, su enemigo tradicional!

La embajadora de la URSS y María Abelarda simpatizaron de inmediato; a ambas las enloquecía la nueva pintura americana; se dieron cita para el día siguiente, para ir a visitar galerías.

Los demás comensales eran casi todos primos de Nicanor, en su mayor parte africanos y americanos, aunque había también negros de los países del Este, y hasta primos hermanos del Japón. Se habían reunido en París para las fiestas de fin de año y sus mujeres aprovechaban para desvalijar las tiendas de la Plaza Vendôme. Salidos de la misma tribu africana, habían amasado fortunas fabulosas en los distintos países de adopción, que al principio los habían reducido a la esclavitud. Me dijeron que había unos doscientos cincuenta jefes de familia en todo el mundo, lo que los convertiría, más que en una familia, en una multinacional. De ahí debían de provenir los fondos para financiar mi campaña electoral, y no de los rusos, puesto que el embajador Ígor Zhivago me confió que los mismos miembros del Soviet Supremo tenían costumbre de pedir dinero prestado a Sigampa, que raramente le devolvían. La generosidad parecía ser connatural a esta familia, en la que todos los miembros estaban, paradójicamente, en las altas finanzas. Comprendí que todos ocupaban en sus países respectivos puestos muy importantes, aunque el nombre de Sigampa no pareciera jamás en los periódicos. Su influencia seguía siendo discreta; sólo muy raramente accedían a puestos públicos, incluso en los países africanos, y solían permanecer generalmente encerrados en sus inmensas posesiones.

Tuve una conversación muy interesante con Salâme Sigampa, primo de Nicanor y presidente de la Banca Afro-Vaticana. Amigo personal de Juan Pablo II, habían pasado juntos largas veladas imaginando un mundo en el que no habría ya diferencias entre blancos y negros, y todos se habrían mestizado como en los días de la Creación. Para ello, ante todo había que catequizar África, empresa casi tan utópica como iniciar a un polaco en la Macumba.

Me preguntó muy cortésmente si estaría dispuesto, una vez elegido presidente, a favorecer un proyecto de emigración masiva de negros a Argentina. Yo me mostré entusiasmado; siempre pensé que Argentina sufre un complejo de inferioridad respecto de su vecino, el coloso brasileño, por el hecho de no tener raíces negras. De ahí proviene nuestra falta de pintoresquismo nacional, a pesar de todos nuestros esfuerzos por remediarlo.

Nuestro gigantesco país, desértico por añadidura, no podría por menos de enriquecerse con esos millones de negros habitados a las peores condiciones imaginables de vida y de trabajo. Podría apostarse a que en menos de una generación conseguirían transformar la Patagonia, metro a metro, en un paraíso terrestre, como sin duda lo sería África, de disponer de una geografía diferente, que permitiera otro tipo de organización social. Así, nuestro pobre pueblo argentino, trasteado y prematuramente envejecido en los últimos años de la dictadura militar, y convertido de nuevo por la fuerza en un pueblo emigrante, encontraría en este nuevo mestizaje un rejuvenecimiento providencial.

El embajador Zhivago, igualmente entusiasta, nos ofreció, en nombre de la URSS, financiar los trabajos de regadío que volverían fértil la Patagonia hasta Tierra de Fuego. Fabulosa tarea que requeriría el concurso de la energía nuclear. Varias centrales serían pues instaladas a su costa en la región.

Wong Sigampa, un viejo negro de ojos oblicuos, tío de Nicanor y originario del Tíbet, me propuso acoger a varios cientos de miles de pigneos de Asia Menor, que descendían de una tribu africana instalada allí desde hacía siglos, y que estaban siendo perseguidos a causa de su religión pagana. Yo le aseguré que en Argentina había sitio para todos los hombres de buena voluntad. Argentina, al

fin y al cabo, está configurada por un mosaico de minorías oprimidas procedentes del mundo entero, y en las que se incluye hoy la minoría indígena. Cité uno de mis poemas más conocidos: «Argentina, orgía de razas, tutti-frutti planetario, el sol te saluda.» Todos me felicitaron calurosamente.

El embajador de los Estados Unidos, un blanco atlético de cabello entrecano, me propuso enviarnos a los negros de América del Norte, pero Nicanor, muy diplomáticamente, rehusó su oferta pretextando que América del Norte era tan americana como América del Sur, y que habiéndose resuelto ya el proceso de mestizaje, tenían que arreglárselas solos.

Yo sugerí un movimiento migratorio perpetuo por todo el planeta (éste era el leitmotiv de una de mis odas más logradas), que derribaría las nociones de frontera y raza entre los hombres. La conversación empezó a derivar hacia propuestas cada vez más confusas, y Nicanor me tomó del brazo para alejarme del grupo. Conservaba del accidente de la víspera una leve cojera en la pierna derecha, y se apoyaba en un bastón de ébano, que manejaba con elegancia.

—Mi familia está muy contenta de haberlo conocido. Me han felicitado muy calurosamente. Lo que nos da una gran capacidad de maniobra durante su campaña electoral, sobre todo en lo referente al presupuesto publicitario.

Me presentó a una encantadora muchacha vestida con un bubbí blanco que venía a nuestro encuentro. Era ella quien debía ocuparse de mi campaña publicitaria. Prima también de Nicanor, su nombre era Wallis Sigampa, y dirigía una agencia publicitaria en Milán.

—Voy a fabricar una serie de maniqués de su talla que reproduzcan exactamente sus rasgos y a los que se podrá

cambiar de ropa, de gaucha, de punk, e incluso de uniformes militares o de sotana. Distribuiremos una de esas effigies a cada familia, para que vayan acostumbrándose a verlo siempre en un rincón de sus casas, con la ropa adecuada a cada circunstancia. Antes incluso de las elecciones habremos conseguido que cada hogar argentino se haya acostumbrado a usted como a alguien de la familia.

Aunque la idea de verme convertido en un maniquí en cada hogar argentino presagiaba más paradas que saludos deferentes, la felicité por su iniciativa.

Uno de los criados paraguayos vino a decirme que me llamaban por teléfono; me trasladé a la habitación vecina por una puerta acristalada. Agarré el auricular. Era mi padre:

—¿Sabes quién asesinó al embajador de Argentina?

Mi padre tenía la virtud de sacarme siempre de quicio.

—¡Nadie lo mató, se suicidó y dejó una carta dirigida a mí!

—Un viejo poema, recopiado Dios sabe cuándo, ¿eres eso una prueba? ¡Pues si lo es, es una prueba contra ti!

—¡No digas estupideces, papá! De todas formas, tengo una coartada perfecta: no dejé en toda la noche mi habitación del George V.

—¡No tan perfecta, en mi opinión! Aunque ya sé que tú no eres el asesino, ¡eres demasiado cobarde para eso! ¡Pero el crimen se ha cometido para acusarte a ti! Y mientras la policía argentina y la francesa trabajaban juntas para cargarte el muerto, ¡tú ahí haciendo el payaso con los Sigampa en una reunión mundanal!

—¿Y quién querría fastidiarme hasta ese punto?

—¡Mira a tu alrededor, seguro que es alguien que te conoce bien!

Al otro lado de la puerta acristalada, Miguelito Pérez Perkins hablaba con Raula Borges; tuve la impresión de

que hablaban de mí, porque no paraban de mirarme por el raballo del ojo. ¿Y si eran ellos los asesinos del embajador? Pero ¿cómo aquella pareja de idiotas podían haber imaginado una puesta en escena tan macabra sólo para hacer que me condenaran? La cosa no se tenía en pie. Me deshice de mi padre y decidí hablar del asunto con Nicanor, que en aquel momento entraba en la habitación. Pero él me tomó la delantera.

—Estoy muy contrariado por el comportamiento de mi madre desde esta mañana. Se halla encerrada en la bodega, donde se entrega a una de sus sesiones de brujería rural argentina. Siempre ha practicado la brujería, como todas las viejas del campo, eso le sirve de distracción. Pero hoy la cosa es mucho más grave. La vengo oyendo salmodiar encantamientos desde el amanecer, y sacrificó ya tres gallos negros. Me siento además muy molesto, porque no quiso salir de la bodega ni siquiera para saludar a los pacientes que han venido a visitarnos.

Me dije que doña Rosalyn estaba muy bien donde estaba, pero hice como que me preocupaba por su salud en una bodega tan húmeda.

En la terraza vecina, la animación no decaía. Descubrí estupefacto que todos los presentes fumaban opio. Los criados distribuían pipas de bambú y mates bien azucarados. Una muchachita, tal vez hija de Nicanor, cantaba de pie en una silla «Silent Night, Holy Night». María Abelarda charlotaba, colgada del brazo de Salame Sigampa, su amigo de la Banca Afro-Vaticana.

Raula Borges y Miguelito Pérez Perkins entraron en la habitación donde Nicanor y yo nos encontrábamos. Nicanor pareció muy contrariado.

—¡Espero que no vengáis a darme la lata con vuestra propuesta! Ya os dije que no me interesa lo más mínimo! Ambos se retiraron sin decir palabra; le pedí a Nicanor una explicación.

—¿Cómo es posible que ese cretino sea su secretario?

—¿Mi secretario? —exclamé yo—. ¡No es más que un espía del gobierno argentino que se me ha pegado a las nalgas!

—Pues bien, Copi, ¡ese individuo es su peor enemigo!

¿Sabía usted que es poeta?

—Más o menos.

—Sus versos son pura caca, pretenciosos y repipis. Pues bien, ¡figúrese que ese tipo se atrevió a presentar su candidatura a la presidencia, aduciendo que su obra es más imaginativa, más moderna y más humana que la de usted!

—¡No me extraña nada!

Le referí mi conversación con mi padre, señalándole que Miguelito había sido el último que viera con vida al embajador, puesto que lo había acompañado hasta la embajada, tras dejar el cuerpo del puma en mi cocina. Además el embajador era un hombre corpulento. Debía conocer bien a su asesino, de lo contrario no se hubiera dejado encerrar en la cámara frigorífica.

Nicanor estuvo a punto de ahogarse de indignación.

—Espéreme aquí mismo. Voy a telefonear desde mi despacho al ministro del Interior, que es amigo personal mío. ¡Haré que detengan de inmediato a Pérez Perkins!

Me dejó. Tenía que haberlo sospechado: mis peores enemigos no serían los políticos sino las gentes de mi especie, los innumerables intelectuales argentinos que se arrastran por el mundo en busca de una consagración imposible, siempre dispuestos a traicionar al compañero de letras. ¿Quién sabe cuánto tiempo hacía que Miguelito

Pérez Perkins me guardaba un odio implacable? Tal vez desde el colegio de los jesuitas, donde yo era el primero en latín. María Abelarda me sacó de mis reflexiones, sentándose bruscamente en el brazo de mi sillón.

—Si no fueras a ser presidente, te abandonarían por una multinacional!! Te advierto que el próximo verano paso mis vacaciones en África.

Me dejó, sin decir una sola palabra más. En la terraza, una hermosa mujer vestida con ropas africanas cantaba una canción de mucho ritmo, mientras los embajadores ruso y estadounidense, bastante achispados, trastabillaban de manera grotesca. El embajador ruso bailaba como un oso, el estadounidense como un bisonte.

La imagen del embajador de Argentina tocado con un cráneo de vaca se apoderó de mí de nuevo, hasta el punto de llegar a sentir el frío del congelador. Aquel hombre inútil, que no había dejado sobre la tierra otra huella que su puma, me había sin embargo conmovido de algún modo. Había sido, a su manera, un hombre sensible, como lo probaba la admiración que sentía por mi obra. Y era tal vez eso lo que lo había perdido. Imaginé a Miguelito Pérez Perkins y a Raula Borges empujando al embajador dentro de la cámara frigorífica y metiéndole por la cabeza el cráneo de vaca. Aquellos dos monstruos no podían ignorar mi soneto *El minotaurro helado*, y tan sórdido detalle me estaba dedicado. ¡El pobre embajador! Era en cierto modo el primer mártir de mi causa; me prometí poner su nombre a una de las plazas de Buenos Aires.

Quedaba ya poca gente en la terraza. María Abelarda continuaba charlando con Salâme Sigampa, y los dos embajadores se retiraban apoyados en sus respectivas embajadoras. Unos cuantos niños negros, vestidos al estilo de la corre británica, jugaban al tres en raya, mientras sus pa-

dres, negligentemente sentados en las sillas de bambú, tomaban el aire.

De pronto vi pasar a Miguelito Pérez Perkins, con el mechón despeinado y las manos esposadas, flanqueado por dos policías. El grupo desapareció rápidamente en el ascensor. La escena se había desarrollado con tanta discreción que nadie de los de la terraza se había percatado, a menos que todos estuvieran acostumbrados a presenciar ese tipo de escenas. Cosa no del todo imposible, ya que se trataba de gentes acostumbradas a vivir rodeadas de guardaespaldas desde la cuna. Al parecer todos los guardaespaldas de la familia eran paraguayos—incluso los de los Sigampa de Asia Menor—, a menos que fuesen camboyanos.

Una mano que vino a posarse en mi hombro me sobresaltó. Era Nicanor.

—Acabo de hacer detener a ese ser innoble —gritó.

—Lo vi pasar con las esposas puestas, al pobre desgraciado.

—¡No hay que tener consideración con ese tipo de gentes, Copi! ¡Es un terrorista de la peor especie! Medíante ese crimen abominable pretendía, no solamente manchar su nombre y el del movimiento que usted preside, sino además transmitir solapadamente a la prensa porteña la idea de que sus poemas traen la desgracia a sus lectores, ¡y usted sabe lo fatal que puede resultar en Argentina la fama de ser gafe!

Nicanor estaba tan afectado por la historia que me vi en la precisión de calmarlo.

—No será el último de nuestros calumniadores, pero espero que los otros no lleguen a asesinar inocentes para desacreditarme.

Le conté mi idea de distribuir un manual para la correcta interpretación y el buen uso de mis principales

obras; él me prometió ocuparse de ello cuanto antes. Se sentó en un taburete y tomó mi mano entre las suyas. Tanta familiaridad me molestó un poco, pero me dije que era preciso acostumbrarse a sus efusiones, así como a su asombroso servilismo hacia mi persona. Hasta el momento no se había atrevido a contradecirme en nada y se apresuraba siempre a cumplir mis más mínimos deseos, como el genio de la lámpara de Aladino. Con sus ojos fijos en los míos, me planteó esta pregunta increíble: «¿Es usted feliz, Copi?» Aquello me sorprendió hasta el punto de no saber qué decir. ¿Feliz? No, ciertamente no era feliz, pero ésa era la menor de mis preocupaciones.

—Si he experimentado un cambio desde que lo conozco —dije yo sopesando mis palabras—, no es ciertamente de felicidad de lo que habría que hablar. Pero si el anonimato en que viví hasta ahora puede ser calificado de infortunio, soy, si no feliz, al menos un evadido de la desdicha general. Aunque, entre el hombre que yo era ayer y el que seré mañana, sigue estando el hombre de hoy; no soy feliz ni desgraciado, no soy nadie.

Me oía hablar como si fuera otro quien hablara por mi boca, sorprendiéndome a mí mismo con mis pensamientos, y más aún con el modo como los formulaba.

—Si algo tengo que agradecerle —continué—, es este estado anímico que no conocía, el estado de alma pura. A fuerza de disputarle mi alma a Dios, jamás me había dado cuenta de que existía porque sí. Y es usted quien me lo ha revelado. A partir de ahora, poco importa lo que el futuro me reserve, pues vivo ya con un alma.

Nicanor captó el sentido de mis palabras y, estrechando mis manos entre las suyas, dijo:

—Su alma, querido Copi, será en adelante la mía! ¡Y ella será quien decida nuestra acción a partir de ahora!

320

María Abelarda y Salâme Sigampa entraron en aquel momento en la habitación; por la expresión de ella, comprendí que había creído sorprendernos en una situación equívoca y solté las manos de Nicanor. Nicanor y su primo nos dejaron para ir a la terraza a hablar de polo, agarrados de la mano.

—Así que Miguelito Pérez Perkins es el asesino del embajador —exclamó ella, una vez solos—. ¡No me lo puedo creer! ¡Es un crimen verdaderamente diabólico, y ese Miguelito tiene todo el aspecto de un cretino!

—Sin embargo, tú que te jactas de saber que los hombres pueden enamorarse unos de otros, deberías saber que también pueden tenerse un odio mortal.

—Pero ¿por qué iba a odiarte hasta ese punto?

Yo la puse al corriente de sus maniobras para obtener la candidatura a la presidencia en mi lugar, y de la mediocridad notoria de sus poemas. María Abelarda, sin embargo, no pareció muy convencida.

—Es la brutalidad del crimen lo que me choca. ¡No lo creo capaz!

—¿No se te ocurrió jamás pensar que los grandes criminales son artistas fracasados? ¡La imaginación desbordante que no logra expandirse en un trabajo creativo se orienta instintivamente hacia la destrucción, peor aún, hacia el aniquilamiento de la especie humana!

Abandoné de inmediato un razonamiento que hubiera podido volverse fácilmente contra mí. María Abelarda me miraba fijamente.

—¿Qué te ocurre? —murmuré—. Se diría que no eres tú quien habla. ¡Hasta te ha cambiado la cara!

Me acerqué al espejo que estaba colgado al fondo de la habitación. Ciertamente no me había cambiado la cara, y sin embargo... Era posible que, a fuerza de mirar a Nica-

321

nor, me hubiera apropiado de algunos de sus tics y expresiones. Tenía los ojos más redondos que de costumbre y una gran sonrisa atravesaba mi cara de lado a lado. Contemplé la terraza bajo la luz gris de un atardecer invernal de París. Los criados encendían las velas de los candelabros. Entre las plantas argentinas—magnolias, palo borracho, madreselvas, y hasta un pequeño ombú—, la sagrada familia se decía adiós. Si hubiera tenido que elegir una imagen, para una foto de propaganda electoral, aquella era la que habría escogido, por la atmósfera de paz que desprendía.

—¿Qué te hace reír de esa manera?—preguntó María Abelarda.

No supe qué responder. Por una vez, mi sonrisa no expresaba ni ironía ni sarcasmo. Sonreía de pura felicidad.

9

En la limusina, Salâme Sigampa ocupó el lugar del conductor y Nicanor se sentó a su lado. En el asiento posterior, María Abelarda y yo. En la segunda limusina iban Wong Sigampa y otros tres miembros notables de la familia, Fédor, Cesare y William; este último era un pastor luterano yanqui. En la tercera limusina, nuestros guardaespaldas; y detrás un sinnúmero de coches, con los miembros de la familia Sigampa y sus amigos.

El consulado de Uruguay, donde llevaba un año sin poner los pies, había instalado en mi honor un gigantesco calcetín de Navidad que ocupaba todo el patio y llegaba hasta el techo. A nuestra llegada, el calcetín ardía alegremente, y una treintena de personas enloquecidas se ajitraban con cubos de agua. Los bomberos retiraron una vaca calcinada de los escombros. Las llamas habían logrado ser contenidas al pie de las escalinatas cuando nosotros llegamos.

Una confusión extrema reinaba en el vestíbulo. Mi padre acusaba a los sirvientes, prestados por el consulado de Bolivia, de haber dejado socarrarse las vacas—tres, al parecer—mientras celebraban la Navidad en la cocina con

seis cajas de champán argentino (podían verse botellas vacías por todos los rincones). Los fámulos, simples por naturaleza, se relan de la cólera de mi padre, mientras que mi madre, en bara y con la cabeza llena de rulos, intentaba gritar más fuerte que nadie.

—¿Y qué voy a darles de comer ahora a nuestros invitados? ¡Vamos, id rápido a vaciar Fauchon!

—¿Es que quieres arruinarme? —se indignó mi padre—. ¡Les daremos canapés!

—¿Canapés, amigo mío? ¿Canapés de qué?

—¡De dulce de leche! ¡Hay una tonelada en la bodega, traído esta misma mañana!

Los criados fueron enviados a comprar media tonelada de pan de molde. Yo hice subir al grupo de amigos y parientes de Sigampa Nicanor al primer piso. María Abeldarada los instaló en tres grandes salones contiguos, mientras que Nicanor, Salâme, Wong, Cesare, William y yo nos dirigíamos al despacho de mi padre con ánimo de redactar el manifiesto que yo debía leer a la prensa durante la velada. En el momento en que empezábamos a instalarnos en su despacho, entró mi padre, tan excitado como de costumbre.

—¡Pérez Perkins ha sido liberado por la policía, y viene hacia aquí a pedirnos explicaciones! Espero que no os baráis en duelo en este consulado. ¡Tengo una reputación que cuidar!

—¿Que lo han soltado? ¿Tan deprimida?

—La mujer del embajador ha confesado.

—¿La mujer del embajador? ¡Pero si ése no es un crimen femenino!

—Y sin embargo así es. Desesperada por la muerte del puma, al que adoraba como a un hijo, creyó que había sido el embajador quien lo había matado antes de maquinar

cómo deshacerse de ella para marcharse solo a una isla de la costa brasileña. Lo apuñaló por la espalda antes de arrastrarlo a la cámara frigorífica. Se entregó cuando supo por la policía que el puma había sido muerto accidentalmente y que el embajador no había tenido la menor culpa.

—¡Impidan que Pérez Perkins entre en el consulado!

—¡Imposible! No puedo impedir la entrada a mi consulado del agregado cultural argentino, ¡sobre todo ahora que es inocente!

Y se marchó más furioso que antes.

—Es preciso evitar que ese individuo haga declaraciones a la prensa —dijo Nicanor—; podría ponernos en un aprieto, sobre todo si cuenta que fue detenido por petición expresa mía.

—Hay que eliminarlo —dijo Wong Sigampa con acento de Asia Menor.

Yo me solivianté:

—¡Me opongo formalmente a que un hombre sea ejecutado por orden nuestra! Y esta advertencia seguirá en pie mientras tengamos intereses comunes. Por otra parte, si Pérez Perkins es inocente, lo que debemos hacer es excusarnos.

—Le daremos a ese pobre muchacho unos cuantos dólares —dijo William Sigampa, el pastor luterano.

—Unos pocos rublos bastarán —corrigió Fédor Sigampa, un coloso negro de dos metros veinte, vestido con uniforme del ejército soviético y cubierto de medallas.

—Señores —dije yo—, estamos aquí para redactar un manifiesto!

Nicanor sacó las notas que acababa de garabatear.

—Lo más lógico —dijo— es establecer ante todo una lista de promesas electorales, evitando hablar de inmigración; usted sabe hasta qué punto los argentinos son nacio-

nalistas. Imagine que a un periodista se le ocurre hablar de «peígro negro», con lo racistas que son.

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Cesare Sigampa tomó la palabra. Poderoso industrial turinés, iba vestido en pleno invierno con un terno de seda blanco.

—Argentina es una joven democracia —dijo con su acento italiano que sonaba a argentino—. ¿Quién se arrevtría a asustar a una joven doncella a la que se pide en matrimonio, anunciándole que su futuro va a estar en un burdel de negros? ¡No, amigos míos! ¿Qué espera una muchacha a la que se pide en matrimonio? ¡Un coche! ¡Ofrezcámostes coches! Trasládemos a Argentina nuestros coches de Italia y Alemania. De golpe nos habremos desembarazado de toda la mano de obra europea, demasiado cara, incluso en la economía sumergida. Para empezar, entregaremos a cada familia un coche como regalo electoral.

—¿Un coche? ¡Pero eso va a costar un riñón!

—Se lo entregaremos sin motor y les venderemos el motor aparte al precio del coche entero. Será, además, una operación altamente rentable.

—Muy bien —dijo yo—. ¡Pero dejemos la propaganda electoral para más adelante y hablemos del manífestro!

—Éstos son los principales temas —dijo Nicanor—: justicia social, economía internacional y diversiones. Por lo que respecta a la justicia social, he elegido un trozo de su obra más lograda, *El sol rojo de las pampas*: «En mi morada última dejaré un hueco en el recuerdo para los que tienen hambre. ¡Dios, si es que existes, da pan a los pobres!» Creo que sirve muy bien como alegoría. Con esto anunciamos la nacionalización de las panaderías y prometeremos pan gratuito para todo el mundo, y pasteles los domingos. Puede usted añadir cualquier cosa que crea conveniente; prometa escuelas y bibliotecas, lo que tendrá sentido vi-

niendo de usted. En cuanto a la economía internacional, nada tiene que añadir al cheque de cuatro mil millones de dólares que ayer deposité en la Banca Nacional Argentina, precisando que dicho dinero provenía de los fondos de nuestro Movimiento, del que usted es el líder absoluto. ¿Estrá de acuerdo con todo lo dicho?

Nada tenía que añadir, pero quise enterarme de lo referente a mis promesas electorales sobre diversiones públicas.

—Los argentinos son tan aficionados al cine que hacen de sus presidentes los protagonistas de una película de sesión continua, en la que cada gesto tiene un sentido cinematográfico. No tiene más que ver la idea que se hacen de Eva Perón y de su destino, y no es la única de este género. No sólo hay que cuidar la imagen que den usted y María Abelarda, hay que cuidar sobre todo la película en su conjunto. Pienso que sería inútil tratar de disimular su pasado bohemio; después de veinte años en el extranjero sería imposible. Hay que decir que en Argentina su estilo, propio de un autóctono que ha vivido largo tiempo en Europa, se presta más bien a la risa; usted no intenta imponer, como los demás argentinos que se han quedado en el país, un aspecto tenso y dramático, y eso está muy bien. Conserve su aire distraído, y sobre todo no intente contenerse cuando tenga ganas de armar un escándalo por un vaso de agua, como es su costumbre; ese aspecto pícajoso lo hace simpático. Y tanto mejor si usted y María Abelarda se llevan mal, eso pondrá en marcha la imaginación de las mujeres. Como propaganda electoral, tenemos la intención de hacer una película sobre su vida familiar, pero es preciso que tenga chispa, como las comedias americanas. Podríamos pedir la colaboración de sus padres como actores secundarios. Es preciso ante todo que no tenga un tono dramático. Creo que me entiende.

Entendía muy bien, y no me privé de decirlo.

—¿O sea que lo que quieren es un presidente payaso?
¡Pues me niego, señores!

—No es que nosotros queramos un presidente cómico
—respondió secamente Salâme Sigampa—, es que usted es
así. No es que sea exactamente un payaso, pero es un poe-
ta, que es lo más parecido a un payaso. Sólo pedimos que
muestre su verdadero rostro, ¿qué dificultad hay?

Wong Sigampa subrayó aún más con su acento de
Asia Menor:

—Es usted realmente muy poético, mi querido presi-
dental! ¡No puedo mirarle sin que me entren ganas de reír, y
no puedo contenerme cuando me lo imagino en el balcón
de la Plaza de Mayo, sobre un taburete tras la balaustrada!

Todos los primos estallaron en risas como sólo pue-
den reír los negros, hasta hacer temblar las lámparas. Yo
me levanté, rojo de ira.

—Señores, señores! —repetí varias veces antes de hacer-
me oír—. Señores, pongámonos serios, por favor! ¡Es inad-
misible que se rían ustedes así del aspecto físico de una per-
sona, por ridículo que sea! ¡Desde el colegio mi pequeña
estatura me ha valido las peores bromas, pero no me espera-
ba algo así de su parte! ¡Sus ideas son como mínimo racistas!
En lugar de calmarlos, mi parrafada no hizo sino au-
mentar sus locas risotadas.

—¡Es impagable! —gritó el ruso Fédor—. ¡Con parecidos
discursos lograría revivir el cadáver de Stalin!

Nicanor, bastante molesto, me tomó del brazo y me
sacó del despacho.

—Estoy muy dolido por esta escena lastimosa. Mis pri-
mos tienen un sentido del humor bastante especial. Son
incapaces de controlarse cuando se encuentran juntos, so-
bre todo en época de vacaciones.

328

—Estrá usted disculpado, Nicanor, ¡pero espero no tener
que debatir todas mis decisiones con su curiosa familia!

—Le aseguro, Copi, que ésta será la última vez que los
vea. Esta reunión tenía como principal objetivo conseguir
que lo aceptaran; en este momento la cosa ya está hecha, y
tenemos su aval.

—¿Hacerme aceptar por ellos? ¡Si me han cubierto de
ridículo!

—Bueno, Copi, el humor negro es muy negro, pero
créame que no tiene maldad.

Me pareció inútil responderle, me bastaba saber que
no los vería más. Preferí animar a Nicanor, declarándole
que estaba de acuerdo con lo fundamental del manifiesto
y que mi discurso de esa noche sería fiel a sus sugerencias.
Él me lo agradeció vivamente, estrechándome las manos.

—Yo mismo lo presentaré a la prensa, y haré la mitad
del trabajo. ¡Y sobre todo le prohíbo ponerse nervioso!

—¿A qué hora viene la prensa?

—A las ocho, y no son más que las seis y media. Puede
ir a descansar un poco en las habitaciones de sus padres,
tiene aspecto de estar fatigado. Yo iré a buscarlo.

Tenía en efecto ganas de estar un rato a solas y nos se-
paramos. Cuando abrió la puerta del despacho de mi pa-
dre para volver a reunirse con sus primos, oí que seguían
riendo aún como locos. Eché un vistazo al piso inferior.
Estaban colocando en aquel momento los instrumentos
de música sobre una tarima. Empezaban a llegar los pri-
meros invitados de mis padres, en su mayor parte diplo-
máticos sudamericanos medio indios. María Abelarda y
mi padre, vestido de chaqué, los iban presentando a la fa-
milia Sigampa y a sus amigos negros. Me disponía a subir
al segundo piso cuando Miguelito Pérez Perkins, salido al
parecer de ninguna parte, se plantó en el primer peldaño

329

de la escalera, impidiéndome el paso. Tenía el rostro tenso y la mirada alucinada. Le temblaba el bigote, y el mechón, empapado de sudor, le caía sobre un ojo. Tras él, dos escallones más arriba, la hija de Borges aparecía en guardia como un boxeador. Miguelito me habló con voz temblorosa; tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo has podido crearme ni un solo instante capaz de un crimen tan monstruoso? ¿No sabes que amaba al embajador como a mi propio padre?

Bajé la vista, vivamente confundido. Él continuó:

—¿Tú, mi más viejo amigo, mi compañero de colegio?

¿Cuando yo lo único que quería era protegerte?

—¡Cerdo! —me gritó Raula Borges—. ¡Dictador! ¡Fascista! ¡Hitler!

—¡No exageremos! Estoy ciertamente dolido por este episodio, Miguelito —murmuré—. ¡Hagamos las paces!

—¿Dónde está Sigampa —dijo Raula—, que le voy a rizar el pelo?

—Estrá en el despacho de mi padre. Pero no os aconsejo que entréis. Se encuentra en compañía de cuatro de sus primos, y son gente difícil de tratar.

Lejos de escuchar mi consejo, entraron resueltamente en el despacho. ¡No podían decir que no les había advertido! Al fin y al cabo, no corrían otro riesgo que servir de bufones a aquella corte temible de los Sigampa, y recibir un cheque sustancioso en agradecimiento.

Mi madre, en sus habitaciones, empezaba a vestirse, ayudada por mi abuela, cuya existencia yo casi había olvidado. Era muy vieja; iba tocada con una tiara puesta de través y llevaba un ceñido vestido de raso granate. No recordaba más que unas pocas frases en francés, su lengua materna.

—*Le petit oiseau est bleu* —me dijo a guisa de saludo, antes de ponerse a apretar los cordones del corsé de mi madre.

Venía vistiendo a mi madre desde su nacimiento, y a pesar de su estado mental lo hacía con la energía y la precisión de un robot. Yo besé a mi madre por encima de la espesa capa de crema que le cubría la cara.

—Mamá, ¿puedo descansar un rato en tu habitación? Voy a tumbarme en el diván.

—¡Ni lo sueñes! Le he prometido el diván a Miguelito Pérez Perkins. El pobre se ha pasado toda la tarde en la comisaría y tiene necesidad de descanso. ¡Quiero que esté en forma para abrir con él el baile de esta noche! Además, tú no tienes tiempo para descansar, esperaba poder verte a solas para hablar contigo. Cierra la puerta con llave, querido.

Conociendo lo que duraban las confidencias de mi madre, cerré la puerta con llave y me senté en un taburete detrás de ella, que me miraba desde el espejo de su tocador, con la abuela entre ella y yo. Escena familiar que me asaltaba en sueños desde la infancia.

—¡Ante todo, feliz cumpleaños, querido!

—Mamá, ya te he dicho que mi cumpleaños no es hoy.

—¡Claro que es hoy! Y esto es lo que quería confesarte, querido: ¡no eres hijo de tu padre!

Mi abuela sonrió tontamente.

Hubiera debido imaginármelo, conociendo la vida disipada de mis padres, pero jamás se me había pasado por la cabeza.

—¿Y quién es mi padre?

Mi madre lanzó un grito y se tiró de los cabellos que mi abuela le estaba peinando en aquel momento; ésta lanzó un grito a su vez y perdió la tiara; mi madre se arrojó a mis pies y confesó, sollozando:

—¡No naciste en Argentina, sino en el campo de concentración de Auschwitz! ¡Tu padre fue un suboficial nazi!

Mi abuela tomó polvos de los tarros de maquillaje y empezó a arrojarnos sobre nuestras cabezas. Mi madre me mostró el tatuaje que llevaba en el antebrazo, un hermoso pájaro azul que yo ya conocía y que siempre había tomado por una coquería de juventud. Disimulado en el dibujo de las alas, pude distinguir un número en tinta más negra y más espesa, el estigma judío.

—¿Y yo por qué no estoy tatuado, puesto que también estuve allí?

—¡Ya te he dicho que tu verdadero padre era un suboficial nazi!

—¿Y papá está al corriente?

—Claro, querido. Él era el kapo de nuestro pabellón. Fue allí donde nos conocimos. Huimos contigo en brazos, y mamá detrás, por la conducción de un horno de gas en desuso. Una vez terminada la guerra, abreviamos nuestro apellido y emigramos a Sudamérica.

—¿Y por qué no me lo dijisteis nunca?

—No creíamos necesario que lo supieras, pero ahora que vas a cambiar de situación, ¡te pongo al corriente para que te muestres orgulloso de ser el primer presidente judío de Argentina!

Me puse en pie y le di un empujón. Mi abuela fue a ayudarla a levantarse.

—¡No te creo, mamá, no te creo! ¡Esto forma parte de una de tus intrigas tramadas con papá, en la que intentas mezclarme!

—¡Te juro que eres judío! ¡Tu abuela es testigo, que fue quien te trajo al mundo!

—Pero me acabas de decir que era hijo de un suboficial nazi, por tanto no soy judío!

—¡Se es judío por la madre! ¡Nuestra raza no es estúpida!

—Entonces, ¿por qué no estoy circuncidado?

—Claro que lo estás! ¡Es que nadie te lo ha dicho!

De hecho, en ocasiones había llegado a pensar que estaba circuncidado. Pero, por falta de experiencia homosexual, no había tenido ocasión de comparar mi pene con el de otro hombre. Había pues llegado a la conclusión de que simplemente tenía un prepucio menos largo, y ninguna de mis amistades femeninas había creído oportuno decirme nada al respecto.

Mi madre miró su reloj de pulsera y lanzó un grito de burguesa enloquecida, como si fuera una actriz que cambia de papel.

—¡Las siete y media, y todavía sin peinar!

Se precipitó hacia el tocador y mi abuela hacia sus peines. Una de las cortinas de la ventana se movió y aparecieron las gafas de Raula Borges. Había oído toda la conversación. ¿Cómo había podido entrar sin que nos diéramos cuenta? ¿Y por dónde? Sin duda por la ventana, después de haber escalado el muro. Intenté retenerla, pero ella abrió la puerta y escapó. Mi madre no parecía interesada en otra cosa que en pegarse las pestañas postizas.

—Esta pequeña Borges no tiene la educación de su padre. ¡Él nunca se hubiera permitido escalar un muro para escuchar una conversación privada!

Observé el perfil senfítico de mi madre y de mi abuela, que era también el mío. Así que había sido siempre judío sin saberlo, y mi verdadero nombre no era Copi, ni era italiano, sino Kopisky, miembro de una familia de copistas de Varsovia. Al fin y al cabo, aquello no cambiaba nada, salvo mis relaciones con papá. Desde que sabía que no era mi padre, empezaba a verlo con mayor simpatía. Quién sabe lo que él, mi madre y mi abuela habían sufrido en su pasado judío, y sólo Dios sabía los sacrificios que debía haberles costado mantenerme con vida. Los ojos se

me llenaron de lágrimas. Me arrojé a los pies del tocador y abracé las rodillas de mi madre y de mi abuela.

—¡Gracias, mamá, re debo la vida! ¡Gracias por todo lo que habéis hecho por mí, abuelal

—¡Estáte quiero, que no me dejás pegarme las pestañas! Mi madre me rechazó, y la abuela, a pesar de su debilidad, me empujó hacia la puerta con ese tipo de gestos que se emplean para alejar a los perros.

Bajé al primer piso en busca de Nicanor. Raula Borges debía haberlo puesto ya al corriente de mi conversación con mi madre. Yo no creía que el hecho de ser judío modificara en nada nuestros planes electorales; era absurdo sospechar que aquella familia de negros fuera antisemita, aunque nunca se sabe. Jamás habíamos abordado la cuestión, ni el problema se había planteado. ¿Quién, por lo demás, hubiera podido imaginar que yo era judío? Esta ha indignado con mis padres. ¿Cómo se habían permitido esconderme una verdad que afectaba de un modo tan directo a mi misma identidad? De haberlo sabido de niño, mi vida ciertamente no habría sido la misma. Inventé imaginario mi obra como la de un escritor judío, pero en vano. Me deruve en medio de la escalera. Así que mi verdadero padre era un suboficial nazi... ¡Bonita venganza para Raula Borges! Siempre me había considerado un dictador nazi en potencia. ¿Y qué mejor prueba de mis instintos nazis que la manera inícuca como había acusado al pobre Miguelito de ser el autor de la muerte del embajador? ¡Y la indiferencia con que lo vi esposado? Mis genes dominantes debían proceder de mi padre, y no de la raza de Salomón. Pero nada era seguro.

Durante mi primera jornada de candidatura había re-

cibido ya no pocas lecciones de humildad, y tal vez era mejor así. No debía imaginarme la presidencia de la República como una sinecura. Aunque tampoco hubiera imaginado nunca que fuera un puesto en el que sólo se recibían injurias. La manera como había sido tratado por los primos de Sigampa había sido humillante a más no poder, y mi reciente condición de judío me hacía especialmente sensible a este tipo de vejaciones. Había hecho mal en aceptar las disculpas de Nicanor, y había hecho mal también en aceptar algún tipo de responsabilidad en el arresto de Miguelito. Sólo me faltaba ya servir de «escupidera», y recalco lo de «escupidera», a todos aquellos tipos. El despacho de mi padre estaba desierto. ¿Adónde se habían ido? Bajé a la planta baja, ya muy animada. Había muchos negros entre los invitados, pero no lograba encontrar a Nicanor. María Abelarda y mi padre tampoco aparecían por ningún sitio. La orquesta atacó el primer tango. Unas cuantas parejas se lanzaron a bailar. Los negros bailaban como si hubieran nacido en una acera de Buenos Aires. Los sirvientes bolivianos, borrachos perdidos y mascando sin ningún disimulo hojas de coca, pasaban con bandejas llenas de canapés que no se sabía por dónde agarrar. Todo el mundo tenía las manos y la boca embadurnadas de dulce de leche. Se veían manchas de color caramelo sobre muchos vestidos de organdí pertenecientes al cuerpo consular. Permanecí en medio de la pista, con mi canapé de dulce de leche en la mano, mientras las parejas se multiplicaban a mi alrededor.

Como no divisaba a nadie conocido, subí de nuevo al primer piso. Pregunté a los guardaespaldas de Sigampa dónde estaba su patrón. Ellos me indicaron un salón desierto al fondo del pasillo. Nicanor, en la penumbra, se hallaba sentado en la única silla de la pieza. Su parecido con su

padre era tal, que por un instante creí que él también estaba muerto. Esperé a que me hablara, pero no lo hizo.

—Nicanor... —murmuré en voz baja—, ¿está usted sonando?

No respondió. Imaginé que su cólera y su desprecio eran tales que no se dignaría dirigirme la palabra. Me decidí, pues, a dejarlo. Antes de salir me volví de nuevo y lo vi mirando aún fijamente a la pared. Me dije que tal vez estaba muerto de verdad e, inquieto, volví a acercarme a él. Le pasé una mano por delante de los ojos y pestañeé. Me habló entonces con una voz atona y sin volverse hacia mí.

—Lo tenemos crudo, amigo mío. Se acabó la imaginación. Es la mediocridad la que ha ganado la partida.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que mis primos se han pronunciado por Pérez Perkins como candidato.

—¡Pero eso es absurdo!

—Ya sé que es absurdo, y soy el primero en deplorarlo; pero nada puedo hacer ya. El Movimiento está en marcha y hemos invertido mucho dinero en él.

—Pero ¿por qué Pérez Perkins?

—No olvide que toda la operación estaba montada sobre la idea del Candidato Poeta.

—¿Y por qué Pérez Perkins?

—Porque es el único que tenemos a mano. Y el azar ha querido que se beneficiara de la enorme publicidad del asesinato del embajador, de quien es, al parecer, hijo adoptivo y heredero. Mis primos, por otro lado, quedaron impresionados por la hija de Borges, todos conocen la obra de su padre, y piensan que haría una presidenta mucho más creíble que María Abelarda. Pero lo que, naturalmente, los ha decidido es el lado servil de Pérez Perkins,

¡mucho más fácil de manejar que usted con sus crisis histéricas!

Me acucillé en una esquina de la habitación y ambos permanecimos largo rato en silencio.

—¿Y si, a pesar de todo, lo intentaríamos? Los argentinos quizá no sean tan antisermitas como puede parecer...

—¿Estrá de bromas? ¡Yo, siendo negro, tengo más posibilidades de ganar unas elecciones que usted!

—Pero tal vez los dos juntos...

—Los dos juntos sería como la alianza del judío ciego y el negro paralítico. Y nada más.

Tenia razón, evidentemente. Creí mi deber presentarle mis excusas. Pero, de todos modos, no iba a disculparme por ser judío.

—Espero que este episodio no empañe nuestra amistad, Nicanor. Y que continúe usted invitándome a su casa para charlar sobre el sentido del mundo, lejos de las tensiones que éste engendra. Quizá le decepcione, pero en el fondo nunca he querido ser presidente. Entré en su juego porque me agradaba usted, y porque pensé que el sentimiento era recíproco.

—¡Lo era! —dijo con sequedad—. Los frutos de la imaginación sólo me interesan si son susceptibles de transformarse en realidad, y sus frutos se han secado en el árbol. Toda su obra, en este momento, me parece tan irrisoria como los aforismos de cualquier plumífero parisino.

—Ocupo un lugar demasiado grande en su imaginación. Mi obra, al fin y al cabo, no puede reducirse a un simple aforismo ocioso.

Y lo abandoné tras decir esta última frase. Me acordé del pequeño revólver de Raula Borges que María Abelarda le había confiscado a Pérez Perkins aquella misma mañana. Debía hallarse aún en su bolso. En el descansillo me

crucé con mi madre, vestida con un traje de noche azul turquesa con una cola de seis metros que mi abuela le llevaba. A punto estuvo de tirarlas.

—¿Dónde se esconde Miguelito Pérez Perkins? ¡Es hora de abrir el baile!

—¡No lo sé! ¡A quien ando buscando es a María Abelarda!

—Estrá en mi habitación, pero te aconsejo que no la molestes, se encuentra muy ocupada!

Por una ventana del tercer piso eché una mirada al patio del consulado. Varias furgonetas de televisión habían tomado posiciones en medio de los escombros del incendio. Los técnicos se afanaban en descargar las cámaras y los cables.

En la antecámara de mi madre —sumida en el desorden habitual—, vi caído por el suelo el vestido que María Abelarda llevaba poco antes, así como sus zapatos, tirados al lado de unos zapatos inmensos, arrojados sobre una americana que reconocí como la de Salâme Sigampa. Pero el bolso no estaba allí. Al acercarme, pude oír los gemidos característicos de María Abelarda en sus momentos de abandono. Entreabrí suavemente la puerta. El bolso de María Abelarda estaba en el suelo al lado de la cama, y al alcance de su mano. A la luz de la luna pude distinguir la silueta de la pareja; la inmensa masa negra de Salâme Sigampa subía y bajaba sobre la blancura de María Abelarda, perdida entre las sábanas. El olor dulzón de la raza negra me pareció repugnante por primera vez en mi vida. Me arrastré hasta los pies de la cama y me deslicé debajo. El somier me aplastaba a veces la oreja derecha, pero era la única manera de llegar al bolso. Ninguno de los dos sospechaba mi presencia. Conseguí finalmente atraer hacia mí el bolso, que abrí con todo sigilo. El revólver estaba

dentro y cargado. Devolví el bolso a su sitio con infinitas precauciones y retrocedí hacia la puerta.

En el corredor me di de narices con mi padre.

—¿Cómo, aún estás aquí? ¡Has desacreditado al consulado de Uruguay! ¡Esto es una invasión africana! ¡Los diplomáticos de los países latinoamericanos están tremendamente ofendidos y mi puesto corre peligro! ¡Encima te has dejado quitar la candidatura a la presidencia por ese servil de Pérez Perkins! ¡Cómo te atreves a presentarte en público después de eso?

—Te pido perdón, papá.

—¿Perdón? ¡Una patada en el c... es lo que te mereces!

Unió el gesto a la palabra y luego, agarrándome por el cuello de la chaqueta y los fondillos del pantalón, me arrojó por la escalera de servicio. Me persiguí de cuatro en cuatro escalones hasta la cocina, que cruzamos a toda velocidad ante la hilaridad de los sirvientes bolivianos. Di la vuelta a la manzana para entrar de nuevo por la puerta principal del consulado. Una veintena de criados se paseaban delante, a pesar del frío, con pancarras que decían: «Internacional Argentina. Los Frutos de la Imaginación». Habían borrado mi nombre impreso sustituyéndolo por un «Pérez Perkins» apresuradamente garabateado.

Me deslicé hacia el patio del consulado por entre los técnicos de televisión. Luego, volví a penetrar en la casa y me perdí entre la multitud de invitados.

La orquesta acababa de tocar las últimas notas de «La Cumparitas». Las parejas empezaban a deshacerse lentamente, en medio de un calor tórrido. Todo el mundo se empujaba sin saber qué hacer o adónde ir. Al parecer no servían bebidas. Los sirvientes, que ya no se tenían en pie, tiraban las bandejas de dulce de leche. Había dulce por todas partes, sobre las pecheras de los esmoquines y en el

Río de la Plata

pelo de las mujeres. Me preguntaba si podría aguantar mucho tiempo en aquel infierno cuando los proyectores empezaron a iluminar el primer piso. Se vio aparecer a Miguelito Pérez Perkins en lo alto de la escalera, muy intimidado al lado de Raula Borges, que con aire radiante portaba un ramillete de magnolias. Una ovación los acogió. Le tendieron un micro y él se aclaró la garganta, haciendo mucho ruido con los papeles, antes de poder encontrar sus gafas.

—Voy a leerles uno de mis poemas.

Con su voz aflautada de alumno aplicado, comenzó a leer los primeros versos de una de mis odas más sublimes,

Alunas del Aconagua.

—«Argentina, desde lo alto de este volcán, la eternidad te contempla!»

Si me hacía falta una prueba de la superchería de que estaba siendo víctima, ahí la tenía.

Saqué mi revólver de cachas nacaradas del bolsillo pero no tuve tiempo de disparar; una bala, disparada sin duda por uno de los guardaespaldas de Sigampa, me alcanzó en medio de la frente. Mi última visión fue el mechón de Miguelito Pérez Perkins sacudido por la sorpresa.